

EL ECUADOR
Y
GARCIA MORENO.

UNA PÁJINA PARA LA HISTORIA DE ESA REPUBLICA.

OPÚSCULO ESCRITO POR

J. Ch.

Y DEDICADO A LA JUVENTUD.



VALPARAISO:
IMPRESA DE LA "PATRIA."
CALLE DEL ALMENDRO, NUM. 16.

1869.

INTRODUCCION.

Nada mas comun que tomar la pluma para hacer apolojías de los errores y deplorables aberraciones de la humanidad. Cuando esa forzada defensa se dirige al pais del que escribe, dicen que es una de las formas de acendrado patriotismo. Parece que propiamente hablando, no fuera sino uno de los modos de exajerado nacionalismo. Desfiguran los hechos: los hacen proceder de causas independientes de la voluntad del pais: personifican la influencia fatal de una entidad que llaman *desgracia*; y se erijen en perdurables declamadores de la patria oprimida, de la patria desgraciada, de la patria que, a pesar de aspirar a mejor suerte, la contrarian en sus propensiones de felicidad, etc. Pero ¿de qué patria se habla, siendo ella misma la que espontáneamente se coloca en una posicion sin ventura? Con semejante modo de hablar parece que se manifestara el empeño de forjar una patria imaginaria y abstracta, que está en perpetua lucha con la patria real y concreta, y engañar con sofísticas declamaciones, a fin de parecer patriotas; o que existiera una tendencia radical para permanecer en el error,

y no reconocer la verdad de que los déspotas tiemblan, y se anonadan sus pretensiones a presencia de un pueblo digno de sí mismo, que sabe sostener su soberanía en el terreno de los hechos, y escarmentar a sus opresores.

Por tanto, se habrá llenado lójicamente una misión patriótica, esponiendo con sinceridad los hechos consumados por la voluntad de esa misma patria, para que esta severa reconvencion ante las demas naciones, sirva de estímulo, a fin de que esa desventurada seccion de Sud-América, que aun retiene su personalidad política, se decida a sacudir el yugo de la opresion, y afianzar su nacionalidad, espuesta a un inminente peligro. Esto estará sin duda en mejor armonía con el patriotismo bien entendido, que el falencioso prurito de disculpar obstinadamente los extravíos y miserias que han producido la triste situacion del Ecuador. Ademas, cuando se trata bosquejar el cuadro de la vida moral y política de un pueblo, es indispensable pagar relijiosamente un tributo sincero a la verdad, renunciando la reticencia y el disfraz como evasivas sujeridas por el interes, el espíritu de partido, o el fanatismo nacional. Sin embargo, por contemporizar con circunstancias de grave trascendencia, procuraré omitir todo cuanto sea compatible con mi objeto, narrando sin minuciosidad solo aquello que en la época presente tiene un carácter culminante. Y si a pesar de todo, hubiese algunos descontentos, reflexionen que no me propongo hacer la apoteósis del crimen, sino consignar lo criminal, en cuanto me sea permi-

tido, ante el tribunal de la conciencia americana.

No se puede consentir, sin traicionar la verdad y la justicia, que las apariencias o las afecciones de bandería, establezcan en la opinion ciertas apreciaciones que sirven como de base para calificar al que, merced a infames manejos y a la nulidad del país, ha llegado a subyugarlo. "Los grandes hombres han dominado las naciones: Es así que García Moreno domina al Ecuador: Luego no puede ménos que ser un grande hombre." Hé aquí consignado en su forma explícita el falaz raciocinio de los que no quieren o no pueden emplear un pequeño trabajo intelectual, para convencerse con la historia, 1^o, que no siempre han sido grandes hombres los que han dominado las naciones; y 2^o, que la grandeza del dominante no puede proceder sino de la grandeza de la nacion dominada; y que si bien el Ecuador conserva el nombre de nacion, no es mas que un rebaño de esclavos, prontos a recibir la coyunda del absolutismo, y a obedecer automáticamente la voluntad de cualquier déspota, por estúpido y vulgar que fuera, con tal que posea la *habilidad* de poner en ejercicio el terrorismo, único resorte necesario para dominar la máquina social ecuatoriana, e imprimir en ella todas las formas y movimientos que quiera el capricho del tirano.

¿Cuáles son los grandes y honrosos precedentes de García Moreno, y los medios heroicos de que se ha valido para dominar una nacion envilecida? ¿Dónde están los títulos de grandeza del Ecuador en las últimas transiciones de su vida política? ¿Se

registra en ellas algun esfuerzo grandioso, desplegado por el verdadero patriotismo, para surgir a la altura de los pueblos civilizados, reconquistando la libertad que es el único fundamento de toda civilizacion y progreso? Mui léjos de que se le dedique una pájina honrosa, la inflexible severidad de la historia no le reserva sino mui vergonzosos episodios, haciendo que, en la tabla rasa de los acontecimientos, aparezcan en relieve los sucesos que llenan de ignominia y de afrenta a todo pais que busca en la degradacion su tranquila manera de ser, y que reposa contento con sus pesadas cadenas.

Se citarán algunos hechos sangrientos, en los que se han invocado los buenos principios. Pero, por una parte, no han sido ellos el móvil de dichas conmociones, sino el pretexto para disimular miras ambiciosas; y por otra, no ha entrado en ellas la mayoría nacional, que, o ha mirado con glacial indiferencia las convulsiones agitadas por los partidos contrincantes, para someterse pasivamente al que triunfe, o ha procurado reforzar las huestes de la tiranía y sostener el despotismo. La série de coaliciones que se han sucedido en el Ecuador, y la efímera duracion de los partidos que inauguran o derrocan los gobiernos, prueban perentoriamente que no se ha intentado jamas el imperio de los grandes principios, que son eternos como las leyes del universo moral, sino el de un hombre con su círculo, que es frágil y perecedero como el hombre mismo.

Solo en la juventud se descubren esos instintos sublimes, esas tendencias magníficas para establecer

el reinado de la libertad y del derecho. Por una lei providencial la juventud ha sido siempre la imperterrita, aunque impotente, falanje de los principios que enaltecen la humanidad,—impotencia que es el resultado necesario de un combate desigual, sostenido contra el torrente de arraigadas pasiones, de inveteradas preocupaciones, de intereses encontrados. Sin embargo, basta que en el corazon juvenil se encuentren tal valor y entusiasmo, para esperar con fundamento, que, despues de repetidos ensayos impotentes por lo pronto, al fin será la juventud la que reconquiste totalmente los derechos de su patria; porque representando la lei de la renovacion humana y la esperanza de lo porvenir, no puede ménos que llevar consigo jérmenes de prosperidad, que, trasmitiéndose de jeneracion en jeneracion, tienen que desarrollarse en la sociedad y producir ópimos frutos de progreso.

En los pueblos vecinos se forman diversos conceptos sobre los acontecimientos del Ecuador. Un arequipeño, por ejemplo, en cuyo corazon rebosa el amor a la libertad, y el valor necesario para hacer que ante los muros de su gran ciudad se humille le altiva cerviz de los déspotas, a pesar de todos sus gruesos cañones y sus formidables ejércitos,—un arequipeño, repito, que tiene la conviccion de que un solo pueblo pone en fuga a los tiranos, al contemplar que toda una república se halla subyugada por la voluntad de un hombre, piensa una de dos cosas, o que esa nacion ha abdicado su dignidad, o que el que la oprime es un usurpador extraordinario

y tremendo, ante el cual son nada todos los esfuerzos de la libertad. Un católico incauto y superficial, que mas bien profesa el fanatismo y no la divina moral de Jesucristo, sabiendo que Garcia Moreno confiesa y comulga, y tiene la manía de injerirse en materias eclesiásticas, felicita al Ecuador por tener un mandatario *crístianísimo*, y anatematiza a los que procuran combatir tan insigne hipocresía. Asimismo, los hombres que no han podido medrar a la sombra del sistema republicano, y cuyas pretensiones han sido frustradas por las de otros mas cavilosos y astutos, se ponen de parte del absolutismo, y aprueban la sanguinaria y atroz conducta del antropófago que ha procurado ahogar en lagos de sangre todo sentimiento liberal, toda tendencia democrática. Por último, no faltan quienes recuerden con ternura las *épocas normales* de su amo el rei; y se complacen al ver que un pueblo que rompió el cetro de un monarca, esté gobernado con el zurriago de un malandrín.

Vamos a desvanecer cualquiera falencia en esta materia, haciendo una breve reseña de esa nacion desgraciada, y la índole del déspota que la domina. Al intento conviene echar una rápida ojeada sobre la marcha retrógrada que ha emprendido desde la independencia, en fuerza de dolorosas peripecias. Le consagraremos una hora de tiempo al mas infeliz de los pueblos del nuevo mundo, para contemplarlo en la vaguedad de sus tendencias; sin horizonte alguno que le señale su porvenir; flotando sus pensamientos en la incertidumbre; sin programa fijo en

sus luchas intestinas; ajitado por contiúuas mudanzas y cambios de gobiernos opresores; legando a la posteridad la servidumbre, y por consiguien te débil, flaco y miserable como la servidumbre misma. No narraremos la conducta política de todos sus gobernantes, porque seria demasiado largo e inconducente a nuestro plan, el cual quedará cumplido solo con señalar las causas jenerales que prepararon la actual postracion de esa república.

Se llena de amargura el corazon al considerar que a mas de la mitad del siglo XIX, en que toda la gran familia humana hace esfuerzos tan poderosos que conmueven el mundo para realizar sus altos destinos, haya un pueblo sobre la tierra que, sustrayéndose a ese movimiento jeneral, permanezca en la inercia, sin que brille en su frente un rayo de esperanza, pero ni siquiera la idea del derecho, que estudiosamente se ha procurado alejar hasta de los establecimientos que llaman literarios, sostituyéndola con la del deber a una pasiva e insensata obediencia, —un pueblo que hace consistir el órden en el aniquilamiento de la libertad, y la paz en doblegar la cerviz al capricho de un tirano, de la misma manera que el débil arbusto se inclina a merced de los vientos que lo ajitan; un pueblo, finalmente, en que las conciencias han perdido la nocion de la santa y civilizadora doctrina del Crucificado, y se alimentan con la estupidez del fanatismo y los excesos del libertinaje; cuya combinacion o sistema de armonizar esos dos extremos, constituye la relijion que profesa García Moreno, y que con toda exactitud se puede

llamar la relijion morenista, o simplemente *el morenismo*. Pavorosa es la imájen de un pais donde se han borrado hasta los instintos de verdadera moralidad, y cuyo suelo se halla manchado con crímenes de lesa-relijion, perpetrados por su mismo mandatario, y tolerados por sus mismos obispos; así como con infames delaciones e intrigas, con asesinatos y deportaciones perpétuas, que son la única lei, la única doctrina, la única moral de García Moreno. En tan nefanda depravacion no es estraño que se vea un espantoso trastorno en las cosas—obedeciendo el que debe mandar—ejerciendo un férreo despotismo el que debia arrastrar cadenas en una penitenciaria; y por último, confiada la suerte de seres racionales al cortante filo de esas homicidas hojas de hierro, que están al servicio de las depravadas miras de un sanguinario. En fin, un pais semejante es digno del yugo que lo oprime; y por la fuerza de las cosas debe llegar a ahogarse en un océano de lágrimas y de sangre, y legar al mundo la execracion de su nombre, por haber conspirado contra el triunfo de la libertad, y haberse vendido vilmente a los despóticos designios de un autócrata. “Cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra,” ha dicho un ilustre pensador del presente siglo: y así es como sucede, porque siendo el progreso la lei de la humanidad, y no habiendo progreso sin libertad, conspirar contra su lei, es conspirar contra su propia existencia.

I.

EL ECUADOR.

Desde que el sol de la independencia irradiara sus luces sobre la América Meridional, ha permanecido aquella antigua sección de Colombia en una crisis constante, sin poderse avenir ni con el sistema monárquico, de cuya servidumbre se había emancipado, ni con la forma republicana, que lo lanzaba en las desconocidas y mui estrañas rejiones de la libertad. Cual fatigado caminante que atraviesa una escabrosa senda, contemplaba con espanto la maleza que dejaba atrás, y con pánico terror la que veía por delante. La imájen de la dominación colonial se alzaba como una sombra fatídica, en medio de la serenidad de un día bonancible, que sucede a una borrascosa tempestad; y la de la república se presentaba colocada en un luctuoso porvenir, lleno de amarguras y de sangre, pero acariciado por una esperanza. La primera se aleja, como se alejan todas las cosas pasadas, a medida del tiempo que transcurre; mas lo raro es que la esperanza que se divisaba en el porvenir, se aleja también en razón de dicho transcurso: por manera que la época de la independencia es a cualquier actualidad del Ecuador, lo que dicha actualidad es al

tiempo que le falta para realizar la esperanza de su libertad. Es una proporción que está en relación de más a más; porque cuanto mayor es el tiempo que pasa de su emancipación, tanto mayor es el que le falta para llegar a constituirse republicanamente. A los doce meses de haber sacudido el yugo de la monarquía, se creyó que después de un año más se establecería la república. Pasaron diez años, y la experiencia hizo conocer que por lo menos se necesitaba de otros diez. A los cuarenta de independencia, la luz de una mayor y más triste experiencia ha hecho ver que otros tantos quizá no serán bastantes. Y observando que la esperanza se aleja de año en año, y que probablemente se alejará de siglo en siglo, no han faltado quienes desesperen de su realización.

Este doloroso fenómeno, digno de un prolijo estudio, prueba que la república no es planta que nace en la aridez de la ignorancia, ni que se aclimata bajo la atmósfera de los vicios, porque la libertad que la constituye esencialmente es compañera inseparable de la inteligencia y de la virtud. ¿Cómo podrá obrar libremente el que no entiende lo que hace? ¿Ni cómo podrá suceder que la acción inteligente y libre realice la felicidad, sino se encamina al bien? La pretendida libertad política estaba desprovista de estas condiciones esenciales. Sin ideas luminosas, ni hábitos de moralidad, se hace una rápida transición de la servidumbre a la libertad. El primer estado homojenizaba su manera de ser política, y su ninguna disposición intelectual y moral; porque la constante máxima de los déspotas ha sido siempre la de idiotizar y desmoralizar las masas, para afianzar su dominación. Pasar al segundo, esto es a ser libres, era pasar a una situación heterojénea con su índole y sus instintos, y que por consiguiente debía ser

forzada y violenta, por la completa falta de armonía entre la nueva forma y los hábitos coloniales.

La grande obra de la independencia suponía otra mas grande, que consiste en renunciar a toda pretension ambiciosa y egoista, y proclamar el imperio de la justicia y de la razon. Se habia luchado victoriosamente contra el despotismo de un monarca; pero esta victoria era inútil sin el triunfo que debia procurarse contra el despotismo de la ignorancia y de las malas pasiones. La nueva forma a que habia pasado el mundo de Colon, exijia una completa renovacion en los espíritus, despojándose de vergonzosas preocupaciones y de funestas tendencias. Era preciso que para hacer efectiva la rejeracion política, se trabajara infatigablemente en rejerar la sociedad. Proclamaron la república; pero rehusaron ilustrar al pueblo, y enseñarle las grandes virtudes republicanas: de tal suerte que quisieron una contradiccion, dando por resultado lójico que la libertad no ha podido ser mas que nominal para el pueblo, el que ha pasado y pasará recorriendo el inmenso círculo de sus desventuras y arrastrando las pesadas cadenas de la tiranía.

Destronaron al coloso que dominaba el nuevo mundo; pero si infausta fué su dominacion, infausta fué tambien su caida, porque precipitó en su ruina los pueblos que oprimiera con su peso. La aciaga dominacion española difundió la ignorancia, y pervirtió todos los sentimientos, todas las relaciones morales; mas despues de ella, sobrevino la de los partidos ambiciosos, y el caos del despotismo fué reemplazado con el de la anarquía: y este segundo monstruo levantó su biforme frente, despues de la caida del primero, para completar la desventura de los pueblos emancipados. De esta lamentable calamidad solo está exenta la venturosa Chile, que ha sabido

constituirse bajo el amparo de la independencia y de la libertad, para ser el modelo de orden y de progreso en todo el continente.

La independencia fué el efecto de un esfuerzo heroico, pero estéril en su objeto, y de pésimas consecuencias; no por sí misma, sino porque rompieron el cetro de un tirano, para formar con sus astillas tantos cetros como tiranuelos se han presentado y se presentarán en las malhadadas repúblicas. Si pues el despotismo y la demagogia son enemigos que luchan alternativamente contra la libertad y el progreso ¿por qué no se ha combatido la gangrena del segundo, despues de haber luchado victoriosamente contra el cáncer del primero? ¿Se perdió por ventura el sentimiento de tan alta empresa, porque la ambicion y la codicia se diseminaron en los ánimos, y creyeron que siendo la re-pública, *cosa pública*, o patrimonio comun, debian repartirse por pedazos, o reconocer el derecho de la intriga y de la astucia apoyadas por la fuerza, es decir, porque se demagogizó el pais? He aquí precisamente el mal que se deplora, y he aquí tambien por qué el patriotismo, la abnegacion, la probidad, etc., por una parte, y el talento con el valor para combinar y obrar, por otra, no son cosas que se encuentran en los pueblos enervados por la depravacion, y sumidos en la estupidez, que alimenta sin cesar el espíritu de dominacion.

La república debió haber realizado la igualdad, proclamada por la filosofia, y consagrada por el cristianismo, cuyo fundamento es el derecho, única base de toda sociedad racional, que aspira a establecer la armonía entre la libertad y el orden, para que los asociados puedan marchar por la senda del perfeccionamiento. No pudo realizarla, porque los independientes incurrieron en la contradicción de invocar los principios filosóficos,

y olvidar al mismo tiempo la necesidad de conocer la verdad fundamental de la igualdad republicana, y la de amar el bien que de ella produce; es decir, porque habiendo invocado un nuevo orden de cosas en que reinaran el saber y la virtud, se abandonaron a la corrupcion y a la ignorancia que trajeron en su emancipacion; y por esto es que solo llegó a efectuarse la libertad de los nobles y la nueva servidumbre del pueblo.

La institucion republicana debió abrir las puertas del porvenir a la democracia; pero cerrándoselas a ella, las franqueó solamente a las clases privilegiadas, porque la sociedad que habia variado de forma política, no podia, sin embargo, olvidar las ideas que heredó del feudalismo. Por manera que sobre las ruinas de la monarquía, donde prometieron tremolar el estandarte de la república democrática, se enarboló mas bien la enseña de la aristocracia.

La república debió levantar de su postracion las clases oprimidas, para que participen de las ventajas del nuevo sistema, a fin de hacer efectiva la libertad en todas las clases de la sociedad; pero por un procedimiento refractario se mantuvieron los privilegios, y se estableció una monstruosa desigualdad, incompatible con los derechos de un pueblo que acababa de emanciparse. Se creyó que la independencia no tenia mas objeto que establecer un sistema por el que los nobles tuviesen todos los derechos, y los plebeyos todos los deberes, y se les consideró a éstos como instrumentos de la estúpida voluntad de aquellos. Se llevó aun mas léjos el orgullo de la sangre española, pues creyó en su delirio que los de la plebe eran incapaces de la igualdad social, porque les parecia imposible que pudieran colocarse en las posiciones de rango, reservadas únicamente a los de *sangre noble*; ni mucho ménos querian admitir el gran principio de que

cualquier hombre es un representante de los derechos de la humanidad. Supersticiosos mas bien que cristianos, era imposible que aceptasen la sublime doctrina que reconoce un oríjen comun de todos los hombres, y un restaurador de sus derechos en el Gólgota. Las ideas de un Adan y de un Redentor las tenian asociadas a las de nobleza: el primer hombre debió ser *caballero*, como tambien Jesucristo; y por consiguiente los de la plebe habian tenido un oríjen diverso, sin tener jamas un libertador. De tan absurda creencia pasaron a la de pensar que los plebeyos eran como una máquina animal de figura humana, y que formaban una especie de transicion entre el hombre y el bruto, despojándolos por supuesto de toda personalidad, y considerándolos como meras cosas, creadas por Dios para el servicio del noble.

Tan monstruosas ideas produjeron el resultado de que cerraron los oidos a los clamores del pueblo, y lo aherrajaron con las cadenas de la mas abyecta servidumbre, sin que la independenciam le hubiese reportado ningun bien. Era un doloroso contraste ver a los hijos de la patria, que la habian fundado con su valor y su sangre, regando la tierra con el sudor de su frente para ganar el jornal con que debian pagar el tributo a un gobierno aristocrático compuesto de raza española.

Por tanto, la libertad proclamada en la emancipacion política, llegó a ser una libertad privilegiada, una libertad aristocrática, que, en vez de fundarse en el derecho, en esa emanacion de la esencia racional, suprema condicion y lei soberana del mundo moral, solo se apoyó en el frágil fundamento de carcomidos pergaminos, y pergaminos pisoteados, por el mismo hecho de haberse emancipado de la autoridad réjia que se los concedió; pero no dejaban de acariciar el antiguo sistema, y continuar las prerogativas nobiliarias que de él procedian, con todas

las preocupaciones peninsulares. De este modo, lo que era privilegio para el noble, se convertía en obligación onerosa para el pueblo; y en el seno mismo de una institución democrática en el nombre, y a la sombra de la independencia, fué restablecido el sistema feudal, por el que se reconocía una clase de sublimes e ilustres señores, y otra de abyectos y degradados esclavos: los primeros tenían el derecho de mandar, y los segundos el deber de obedecer. Rotos así los vínculos de la organización republicana, promovióse una lucha entre los que cargaban las cadenas, y los que se creían con el privilegio de remachárselas. La injusticia de éstos no podía ménos que preparar grandes catástrofes a la sociedad.

Esta conmoción ofreció un anchuroso campo a las miras políticas del espíritu de explotación. Los demagogos se lanzaron como el ave de rapiña sobre su presa. Vieron que la aristocracia se empeñaba en sostener sus privilegios, y que el pueblo se disponía a reconquistar su libertad: conocían que éste era impotente a causa de su pobreza, mientras que aquella era poderosa con los bienes de fortuna que había acumulado, dejando al pueblo sumido en la miseria. Sin embargo, éste era necesario para el ejército, y para prestar toda clase de servicios. En su virtud, combinaron el plan de alhagarlo con mentidas promesas, y después del triunfo obtenido a expensas de su sangre, entregarlo encadenado a las bárbaras pretensiones de la aristocracia, y dominar el país bajo los auspicios de ésta. Habían visto caer la monarquía: creyeron que su caída solo había sido efecto de la fuerza; y dedujeron que con el influjo de las armas podían prevalecer los privilegios, y sancionar como justa la más atroz injusticia. Al intento, aceptaron en auxilio de su depravada ambición, el elemento militar, esa institución de la sociedad que la corrompe y empobrece; y con el apoyo

de la fuerza, impusieron silencio al pueblo, relegándolo sin esperanza a su dura suerte.

Sin embargo, una aristocracia apoyada por el sable, no tenía muy seguro el título a una larga dominación; porque los privilegios sostenidos por la fuerza, debían ser combatidos por el mismo elemento que mantuviera su prestigio. Ciertamente, los nobles, arrastrados por la codicia y la pereza, se locupletaban a espensas de los plebeyos; rompieron en manos de éstos los instrumentos de la industria; se apoderaron de los más hermosos campos, no para cultivarlos, sino para hacer un bárbaro monopolio de la propiedad rural, agotar el fecundo manantial de la riqueza del pueblo, y obligarlo a la triste alternativa de, o perecer de hambre, o ser feudatarios sumisos de sus *amos*. En tan monstruoso desorden, que los nobles poseían terrenos de tal extensión, que ellos mismos no conocían sus límites, y que los de la plebe no tenían ni un palmo para sostener su desvalida familia,—en un estado tan cruel, que los unos rebosaban en la abundancia con el sudor de los otros, y éstos yacían en una angustiosa miseria, para fomentar la codicia de aquellos... ¡si pues! en tal estado no podía menos que lanzarse a las plazas y a las calles un pueblo cansado de sufrir, dispuesto a derramar su sangre por el que pudiese mejorar su desventurada suerte, y pronto a levantar en sus brazos a cualquier ambicioso que hundiese en el polvo la infame aristocracia, y le asegurara, sinó una justa venganza, al ménos su libertad.

La entusiasta y decidida actitud que volvió a tomar el pueblo, fué una nueva ocasión para los demagogos, pues los que tuvieron el talento de esplotar el despecho de la plebe, en cuya degradación y miseria había fundado la aristocracia toda su importancia y poderío, aparentaron ser amigos de la democracia, e invocaron

los principios de libertad e igualdad, que tantas veces habian pisoteado, mientras sostenian las absurdas ideas nobiliarias. Prometieron levantar al pueblo de su postracion, y ponerlo en el goce de sus derechos. Y para exaltar mas el ánimo de la muchedumbre oprimida, siempre dispuesta a escuchar con entusiasmo toda palabra de redencion, no solo le ofrecieron librarla de su servidumbre, sino que en el ejército encontraria el medio mas seguro de vivir cómodamente; lo que equivalia a declarar la abolicion de la industria y de todo trabajo agrícola y fabril, haciendo de cada hombre un soldado holgazan, dispuesto solo a vivir de las conmociones de partido, de la carnicería y del pillaje. Tan criminal conducta de los corifeos de la democracia, que, sin ser impelidos por una tendencia civilizadora y filantrópica, pensaban solo en coronar miras ambiciosas, debió precisamente lanzar la sociedad a un nuevo campo de desventuras.

Sí! las masas oprimidas por las demasías de los nobles, no vacilaron en su desesperacion, ponerse bajo el imperio de la fuerza, comprendiendo que ésta debia humillar a los que las humillaban, y no pudiendo soportar mas tan onerosa tiranía, optaron por otra que creian ménos pesada, en los arranques del despecho. Se ponen a merced del militarismo, consagran la omnipotencia política de la espada, y descenden a la mas oprobiosa abyeccion.

La nueva faz que tomó el país para combatir la injusticia y altanería de las clases privilegiadas, reflejaba un carácter siniestro, a causa de la inmoralidad militar, que es el cáncer mas funesto que corroe las entrañas de la sociedad. Efectivamente, un ejército reclutado entre los que declamaban contra la independenciam, y acaudillado por demagogos, no era el ejército que habia hecho temblar la monarquía, arrastrando en su carro triunfal to-

dos sus despojos; ni pudo nunca ser un ejército de virtudes cívicas, amante de la victoria de una buena causa, pronto a derramar su sangre y exhalar la vida por la libertad del pueblo. No era el ejército cuyas lanzas reflejaran la luz de una idea rejenadora, ni cuyos cañones anunciaran con su detonacion el triunfo del verdadero patriotismo: no ha sido, en fin, jamas el ejército que en sus campañas preparara el terreno para derramar la preciosa semilla de la civilizacion. No, pues: ha sido siempre y será un ejército mercenario, pronto a rasgar con su espada la púrpura de la libertad, y mui a propósito para inaugurar el despotismo, bajo cuya sombra ha buscado la impunidad de execrables delitos; alimentado por el sórdido interes del saqueo, y sin mas idea que la matanza y el robo. Un ejército, por último, que aparece como una plaga desoladora, en las infaustas épocas de la sociedad, en que los hábitos de humillacion han hecho perder el noble sentimiento de la dignidad personal y la sublime intuicion de la justicia.

El militarismo, cuya perniciosa influencia es incontrovertible, ha sido la gran calamidad que debia pesar sobre los Estados emancipados, y particularmente sobre el Ecuador, cuya desventurada suerte le ha obligado marchar, en su penosa existencia política, bajo el influjo de una soldadesca desenfrenada, ávida de dinero y de sangre; entregada a la sensualidad, a la crápula, al juego y a todo jénero de vicios; ejecutora de atroces asesinatos, conocidos con el nombre de fusilamientos, y de todas las barbaridades del mandatario; instigadora del espíritu de ambicion, para suscitar las perturbaciones de la sociedad, y alimentarse de sus desastres; anhelante por decidir en el campo de guerras fratricidas la suerte del pais, como si los combates entre hermanos fueran la lei de su destino; sostenedora de la arbitrariedad, y *conservadora*

de una política guizotina, que se alimenta de infamias, absurdos y preocupaciones; colocada, en fin, entre una aristocracia sin conciencia y un pueblo sin libertad, llegó a ser el azote de éste, y se adueñó de su soberanía, demostrándole, con cínica arrogancia, que la espada es el único fundamento del derecho, y el único título que legitima la autoridad de los gobiernos. ¡Calamidad espantosa, que ha ido minando la república desde su fundación, para levantar sobre sus ruinas una bárbara estratocracia! ¡Situación desesperante la de un pueblo cuya suerte se decide por la fuerza material, porque donde ésta impera, allí reina la injusticia, produciendo desórdenes, opresión, lágrimas, miseria, horfandad!...

En un país semejante, donde los poderes políticos se establecen y sostienen con las armas, se aleja de la sociedad la noción de lo justo y razonable, y se sustituye con la creencia de que solo la fuerza puede resolver los problemas sociales, y que la legitimidad del poder, de la justicia y del derecho, emana del triunfo del más fuerte. Cuando la inmoralidad no solo ha pervertido el corazón, sino que también ha viciado la inteligencia, haciendo que predominen ideas absurdas, no puede menos que precipitarse la sociedad en un pavoroso abismo. A vista de una triste, pero constante experiencia, se ha creído que la soberanía efectiva emana del triunfo de las armas, y que sostener lo contrario es una bella utopía, perjudicial para el que la sostiene. Así juzgan las almas débiles y raquíticas, que por desgracia forman el mayor número, y se adhieren al partido que creen más poderoso, aunque sea el más injusto, para medrar a su sombra, y no ser víctima de sus venganzas. Esta conducta cobarde, que equivale a una vergonzosa abdicación de la dignidad humana, manifiesta que sus móviles no son las convicciones íntimas de los incontrastables

principios, grabados por Dios en nuestra naturaleza, para que las sociedades realicen sus grandiosos destinos, sino los que proceden del vil interes, del terror o de la apatía. Por eso se vé que todo ciudadano espúreo prefiere una degradante paz, bajo la humillante tutela de la fuerza, y un pedazo de pan que se le arroje, a los peligros y azarosos compromisos que arrostran los lejitimos hijos de la patria: y por eso tambien se observa aquel criminal indiferentismo por el que aceptan dócilmente la bandera de cualquier aspirante, y doblegan la cerviz bajo el yugo del que triunfa.

Fijando una mirada retrospectiva sobre la marcha del pueblo ecuatoriano, se encontrará que el estado de su actual abatimiento, no es el resultado de un capricho, sino la consecuencia necesaria de las causas que vamos indicando para que nos sirvan como de señales miliarias en la carrera de sus convulsiones, o como premisas que funden los conceptarios que debemos deducir ulteriormente.

Ya hemos visto que el Ecuador, despues de haber sacudido por la fuerza el yugo de la monarquía, mui léjos de constituirse en estado republicano, adoptó mas bien con la fuerza el sistema de los privilejios, en el que se le hizo jemir al pueblo, y que mal avenido con esta nueva servidumbre, se entregó al despotismo estratocrático, es decir, a la fuerza misma. El de la monarquía lo corrompió y envileció desde la conquista: el de la aristocracia, que es una emanacion de aquel, siguió envileciéndolo desde la independendencia; y el de las bayonetas lleva la degradacion del pueblo a su mayor y mas deplorable extremo.

Luego no será difícil comprender que una sociedad bastardeada, un pueblo acostumbrado a reconocer en la fuerza el título de soberanía y que por consiguiente ha-

bia contraído hábitos de servidumbre, era un terreno mui a propósito para que el jenio del mal, personificado en García Moreno, regase la fatal semilla del absolutismo por escelencia, cuyos deletéreos frutos tienen al país en una convulsiva agonía, esperando la muerte como su único y último bien.

Cansado el Ecuador de sus constantes luchas intestinas, que no tenían por objeto realizar la república, sino el gobierno aristocrático, o el triunfo de éste o aquel demagogo, trató cambiar de conducta, olvidando el campamento en que se decidía la suerte de un aspirante y la de sus adeptos, a espensas de sangrientos sacrificios. Se resolvió presentar la cerviz, y recibir pacíficamente el yugo del mas audaz, concretándose a una vida escéntrica, renunciando las armas y toda resistencia, para obedecer *en paz*, y soborear tranquilo en el hogar doméstico el mezquino fruto de su trabajo, o el miserable salario de un empleo. Disipadas sus ilusiones y anonadada toda esperanza; sin heroismo ni valor personal, y sin tener en su infortunio a quien volver una mirada suplicante, hizo la resolución de entregarse a García Moreno, cambiando su inalienable derecho con una abyecta sumision; y prefiriendo vivir encorbado sobre la tierra, alimentándose mezquinamente de su jugo, recibió sin resistencia la cadena que le impusiera la despótica voluntad de un monstruo, a quien se le ha prosternado, mas por la nulidad e impotencia a que lo habían reducido sus tristes antecedentes, que por la habilidad y el talento del usurpador.

Hemos bosquejado el cuadro histórico-crítico del Ecuador, en su vida política del pasado; pero un cuadro enteramente sinóptico, por estar delineado con mui rápidas pinceladas, pero bastantes a nuestro designio. No aparecen los personajes que han figurado desde la

independencia, por no exigirlo, como ya se ha dicho, el objeto del presente opúsculo. Pero una vez designada la fisonomía moral de aquel país, réstanos considerarlo en sus relaciones con García Moreno, o lo que es lo mismo, en su actualidad; y por consiguiente será indispensable consignar los nombres de algunos que en ella han tenido una influencia mas o ménos directa.



II.

GARCIA MORENO.

Este hombre aciago habia manifestado desde su infancia instintos de ambicion y de crueldad, propios mas bien de los tiempos de un Atila, de proverbial atrocidad, o de un Neron que mató a su madre y quemó a Roma, que no del presente siglo en que la humanidad trata realizar los principios proclamados por la razon. De un aspecto fisonómico que revela feroces tendencias; dotado de una organizacion fuerte y vigorosa, que desafía la intemperie, para acometer sangrientas empresas; de frente medianamente espaciosa, que refleja todas sus malas ideas y propensiones; de ojos inquietos con siniestra mirada, y brillantes como los del tigre en la mansion de su tenebrosa gruta; de color bermejo, emblema de la cólera y de furibundos caprichos; marcado, en fin, con el sello del destino para ser el verdugo del Ecuador. Esta entidad infausta, que llevaba en sí el jérmén de los mas grandes y mayores infortunios para ese pais, habia soñado con la silla presidencial, porque la marcha decadente de aquel y su natural audacia se lo aseguraron. Pasó la primera edad, dando muestras inequívocas de un carácter sanguinario, y de una des-

mesurada ambicion, que no pudo entónces satisfacer, porque habia ciudadanos de un gran predicamento social que pusieron a raya sus pretensiones. Pero cuando éstos se hicieron la guerra, y fueron desterrados sucesivamente los unos por los otros, quedó el pais a disposicion de aquel en quien la edad habia aumentado espantosamente sus ambiciosos instintos. Se habia educado con máximas de simulacion e hipocresía, y esperaba una circunstancia favorable para instalarse en el mando, y desplegar su inmensa ferocidad. Orgullosa con su apellido y su prosapia, era un vástago de la aristocracia española, y deseaba restaurar el predominio de los nobles y sus preocupaciones, que habian sido combatidas por la democracia. Oscurantista y sin nobles aspiraciones, no creia en la feliz influencia de las ideas y principios luminosos, ni tenia mas pensamiento que el de mandar tiránicamente; y en su pecho corroído por el escepticismo y la duda, no habia quedado ni siquiera un vestigio de esos bellos sentimientos que rebosan en el corazon de la juventud: nunca fué amigo de ésta, cuyo desarrollo se preparaba encadenar, para llevar a cabo sus bastardas miras. Jurista de rutina, medio entendido en las frivolidades del derecho, e ignorante en sus profundos y grandes fundamentos, ha sido siempre partidario de las fórmulas y chicanerías abogadiles, y por consiguiente enemigo de las altas investigaciones filosóficas. Astuto por instinto, conocia que el fanatismo es el mejor medio para subyugar un pais donde no se profesa la sublime moral cristiana, sino solamente ciertas prácticas estériles, que, sin reprimir el orgullo, la vanidad y el rencor, ni hablar nada al corazon, fomentan el embrutecimiento y una estúpida obediencia. Sabia tambien el estado de amilanamiento a que habian llegado las jentes, por esa constante opresion y hostili-

dades que sufrieron, tanto de parte de la orgullosa aristocracia, como de la ferocidad del soldado; y comprendió que para reinar en el Ecuador convenia restablecer el predominio de los nobles, y valerse de usos fanatizadores y del terrorismo militar. En fin, doloroso es decirlo, García Moreno conoció la degradacion y nulidad a que habia llegado esa sociedad, y por supuesto no le fué difícil dominarla, porque solo un pais degradado y nulo puede ser dominado con el látigo,— ignominia que no se borrará jamas de su frente, para escitar el desprecio de las demas naciones y la indignacion de la posteridad; porque si ante la conducta de García Moreno quedan justificados los excesos de los mas grandes opresores que registra la historia, ante un pueblo degradado y vil queda justificado García Moreno. Que un pais arrastre pesadas cadenas y se cubra con la infamia del azote, por estar subyugado por la fuerza, esa no es razon que lo disculpe; porque a la fuerza se opone la fuerza; y nada mas fuerte que un pueblo indignado y resuelto a escarmentâr a sus tiranos, y que con toda la enerjía y coraje de que sea capaz, se levante en masa aunque no sea mas que con piedras y palos, a pulverizar las infames bayonetas, sostenedoras de la tiranía y elementos de opresion. Para un pueblo digno de la libertad y de sus preciosos frutos, no hai mas alternativa que la de MORIR O VENCER PARA SER LIBRES. Pero un pueblo que no conoce su propia abyeccion, ni se averguenza de su ignominia—ese pueblo sin ventura ha perdido la conciencia de su dignidad, y no puede columbrar ni un rayo de esperanza en la infausta lontananza de su triste porvenir.

Entremos de plano a esponer, pero mui lacónicamente, las circunstancias que sirvieron de pedestal para la elevacion del ETERNO ASPIRANTE. Presentóse un

motivo de desavenencia entre el Ecuador y el Perú, y Garcia Moreno lo agravó, traicionando a su patria. Lauzóse a Lima para entenderse con el Presidente Castilla, esperando que éste protejera sus ambiciosas miras. Le hizo las ofertas mas indignas; y por entonces recabó lo que pudo del Gran Mariscal. Se asegura que el bloqueo del puerto de Guayaquil por la escuadra peruana, fué una consecuencia de la pérfida política de Garcia Moreno. Lo cierto es que los guayaquileños se quejaban generalmente, afirmando que se habia puesto de acuerdo con el contra-almirante Mariátegui para estrechar el bloqueo, destruyendo las embarcaciones de agua y víveres, a fin de hacer perecer la poblacion de Guayaquil, que no se prestaba en favor de su ambicion.

El jeneral Castilla se desengañó bien pronto, y espedicionó con su ejército sobre el Ecuador, porque a pesar de lo pactado con Garcia Moreno, no habia podido éste asumir la autoridad suprema de aquella república, a consecuencia de que los distritos de Guayaquil y Cuenca proclamaron la candidatura del jeneral Franco, derrocado que fué el imbécil gobierno de Robles, que dió lugar a la discordia con el Perú. Marchó en fin la espedicion de esta república, no embargante el estado de anarquía en que se encontraba la del Ecuador, y la perfecta conviccion de no tener en ella con quien luchar. Habia llegado a la frontera; y en el puerto de Paita pareció nuevamente el astuto Garcia Moreno, con el objeto de volver a verse con Castilla: pero este jeneral, que tenia el talento de conocer a los hombres, lo repulsó con soberano desprecio, negándole audiencia, y llamándole *abogadillo de aldea*.

Resentido Garcia Moreno, y viendo que se le frustraba la esperanza fundada en Castilla, regresó a Quito con la rapidez que acostumbra en su negocio, y le escri-

bió a M. Trinité, Ministro francés cerca del Ecuador, proponiéndole anexar esta república a la Francia, a imitación del Canadá, y ofreciéndole al gobierno de esa nación LAS BELLAS REJIONES DE SUD-AMERICA, con tal que favoreciera sus miras. El Ministro Frinité rechazó la proditoria oferta de un ambicioso; y las célebres cartas fueron entregadas al jeneral Franco, quien las puso a disposición del Presidente Castilla, y por orden de éste se archivaron en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde puede verlas todo el que quiera imponerse en los pormenores de tan famosa traición.

La escuadra y el ejército del Perú llegaron por último a dominar la ciudad de Guayaquil, en donde se transigió toda disención, como consta del tratado ajustado y firmado el 25 de enero de 1860, por los jenerales Franco y Castilla, y canjeado el 28 del mismo mes y año. Estipuladas las condiciones de paz, regresaron las fuerzas peruanas, dejando al Ecuador envuelto en los horrores de la guerra civil, porque García Moreno se había hecho dar el título de *gobierno provisorio* en los pueblos de Quito, concitando las pasiones de la humillada nobleza, que deseaba la rehabilitación de su antiguo predominio; estimulando el fanatismo de aquellas poblaciones, y valiéndose de la impostura de que entre Castilla y Franco había un tácito convenio de hacer que Guayaquil se agregase al Perú. Con todas estas patrañas puso algunos hombres sobre las armas, para derrocar a Franco, y colocarse en el mando de la república.

El insigne traidor de la América había sido enemigo de todos los gobiernos de su país, porque en cada una veía el motivo de una esperanza frustrada, o el obstáculo para el cumplimiento de nuevas esperanzas. Pero de ninguno lo fué tan encarnizadamente como del jeneral Flores, contra quien desplegó toda clase de medios para

derrocarlo del poder. Sus primeros ensayos fueron estériles, a pesar de los tenebrosos planes que aseguran haberse propuesto en la Sociedad Politécnica. Al fin se realizó la caída de dicho jeneral y su proscripción; y está bajo el dominio del conocimiento público que en el periódico VENGADOR, enjendrado por García Moreno, y bautizado por él mismo, como que todo él es VENGANZA; en ese periódico se desplegaron los dieterios y las recriminaciones contra Flores, exhibiéndolo al mundo con los mas degradantes calificativos, y haciéndole gravísimas inculpaciones, no solo relativamente al tiempo que habia mandado el Ecuador, sino tambien con referencia a maquinaciones tramadas contra los intereses americanos, en la época de su espatriacion. Finalmente, en esos mismos dias de su jefatura seccional, en que se disponia contra Franco hostilizaba a todos los que no se le prestaban, calificándolos de *floreanos*.

Mas ¡Oh miseria humana! ¡Oh infame política! Comprende García Moreno su debilidad para batir al jefe de los demas distritos; conoce que en su impotencia quedarían sepultadas para siempre sus aspiraciones, y... llama en su auxilio a ese mismo Flores *filibustero*, a ese mismo *enemigo del Ecuador y de la América*, diciéndole que *lo necesita para hacer valer el mérito de su nombre y el peso de su espada*. Este jeneral, que se hallaba en Lima, sufriendo un prolongado destierro, deseaba sin duda volver con sus hijos a la patria de éstos; pero recordando la espantosa enemistad, el abismo que habia entre él y García Moreno, no se decidió desde luego al llamamiento de éste, y permanecia escitando la atencion del pais con algunas publicaciones que se proponian censurar la expedicion de Castilla y los tratados que acababan de celebrarse en Guayaquil, por estar prevenido contra aquel a consecuencia de un chasco que recibió en esos

mismos días. Como dichas publicaciones fuesen desagradables a las partes contratantes, el Ministro del gobierno Franco residente en Lima, le hizo proponer al autor de aquellas, que con tal que no interviniera en la crisis política, haría que su gobierno le confiera una misión diplomática cerca de la nación que guste; que se le devolverían sus intereses confiscados, y que a su familia se le pasaría una pensión mensual de quinientos pesos. El jeneral Flores sospechó que esa promesa era insidiosa, y contestó, que sin aceptarla, ofrecía mas bien su espada para asegurar el triunfo de la causa y restaurar sus derechos y los de su familia. Ofrecimiento que tampoco fué aceptado por el estúpido Ministro Estrada, signatario de los tratados, quien tuvo la imprudencia de pedir al gobierno del Perú, que en virtud del artículo 10 de aquellos, lo internase a Flores hácia las selváticas rejiones del Oriente. Solicitud que fué rechazada por el Ministro Melgar, fundándose en que los referidos tratados no habian obtenido del poder legislativo la sancion constitucional; (1) que el Perú no era carcelero de ningun reo político, y que todo lo que podia hacerse era mandar que Flores saliese del país. Se le obligó efectivamente; y a dónde iba este jeneral, que habia apurado el amargo cáliz del ostracismo, rodeado de una numerosa familia? Colocósele en la mas difícil situacion con tan inconsulta providencia; y, a despecho de ser espulsado, no le quedaba mas recurso que aceptar la invitacion de

(1) Lo que equivalía a destruir su propia obra, y declarar subsistentes los motivos de enemistad entre las dos naciones: y lo mismo que llegó a estar en perfecta consonancia con el carácter arrogante de García Moreno, porque despues que triunfó sobre Franco y fué colocado en el mando, se miraron los tratados con insultante desprecio, y se le retó a Castilla, diciéndole que ya habia desaparecido la anarquía en el Ecuador, y que volviese a él con otra expedicion.

García Moreno. Marchó a Quito; su presencia desplegó un raro entusiasmo: se puso a la cabeza de los que debían luchar contra Franco; lo derrotó completamente, y exaltó al poder a su antiguo y encarnizado enemigo, sin que las funestas consecuencias que tanto se deploran le sean imputables al jeneral Flores, sino a los que lo precipitaron con insensata conducta.

Triunfó con la fuerza el espantoso demagogo del Ecuador, y apoyado en ella hizo sentir los estragos de su venganza hasta en los bosques. Levantó cadalzos, e inventó el ignominioso suplicio de la vapulacion; y para amortiguar la exasperacion de un pueblo, cuyo fanatismo se habia propuesto explotar, adoptó la confesion y comunion, como título justificativo de sus actos sangui-narios. La hermosa Guayaquil, blanco de su rencor y de su zaña, fué tratada vilmente, hasta el extremo de reducirla a un asqueroso muladar. Desahogó sus iras en toda direccion, llevando por delante el confesonario y la mesa eucarística. Confesó y comulgó para darle quinientos látigos al jeneral Ayarza; confesó y comulgó para fusilar al jeneral Maldonado; confesó y comulgó para salir a la campaña de Jambelí, donde cebó su crueldad en inofensivos prisioneros, como el feroz tigre del desierto se ceba en las palpitantes entrañas de su presa; Regresó de esa jornada sangrienta, sacrificando a su furor una hecatombe de indefensas víctimas, y confesó y comulgó para fusilar al abogado Viola. ¡Esto es interminable! baste decir que a fuerza de confesiones y comuniones, de asesinatos y flajelaciones, difundió el terror hasta en las selvas, perfumando sus feroces instintos con el decantado *respeto a la religion, y la incontrastable adhesion a la Santa Sede*, y derramando en holocausto la sangre humana sobre las aras de su venganza. Por otra parte, y a fin de ser tolerado por las demas naciones, se

posternó ante ellas con bajeza y astuta cavilosidad.

Para que todos caigan en la red, difundió el espionaje, dentro y fuera de la república, manteniendo a infames polizontes, que para corresponder al vil interes que reciben, comprometen la tranquilidad de las familias y la vida de ciudadanos beneméritos, con golpes de inmoralidad y de calumnia. Medida espantosa, con la que se asevera haber penetrado hasta en el santuario de la conciencia, violando sacrilegamente el sijilo sacramental y las garantías del escelso tribunal de la penitencia; pues un tal Sebastian Moreira, de Puebloviejo, refiere que fué llamado por García Moreno, quien le hizo estrechas preguntas, para que le declarara si habia sido contrario a su partido. Moreira le negó con firmeza, y entóces lo manda *á capilla*, previniéndole que se confesara. Llega un padre jesuita á confesarlo, y le amonesta con gravedad que estaba próximo a morir, y que para salvar su alma confesara sus pecados políticos. El confesado sostiene, con afectada sumision, que no habia delinquido en esa materia ni con el pensamiento; y ~~se~~ obtiene la absolucion de García Moreno. ~~se~~

Mas sus partidarios, que se denominan *conservadores*, todo lo disimulan y santifican. «El que comulga, dicen, «está unido a Jesucristo: El que está unido a Jesucristo es un santo: Garcia Moreno comulga: Luego está unido a Jesucristo y es un santo.» A esta simple fórmula se reduce toda la cínica sofistería con que se trata justificar los crímenes mas atroces, tomando por fundamento un delito de lesa-religion, como es el sacrilejio, por el que, mui léjos de unirse a Jesucristo, se une íntimamente al espíritu satánico, inspirador de todo jénero de maldades. Basta tener sentido comun cristiano para convencerse de que las comuniones de García Moreno son escandalosamente sacrílegas, y horrorizarse de que en

un país católico se cometa ostensible e impunemente tal impiedad, solo por cohonestar miras ambiciosas. Con efecto, es práctica comun de confesonario, fundada en la teología, que para implorar del sacerdote el perdón de los pecados, es indispensable haberse reconciliado previamente con sus enemigos. «Si al presentar tu ofrenda en el altar te acordases de haber agraviado a tu hermano, suspende tu oblacion hasta reconciliarte con él,» dice un sagrado precepto del cristianismo. También es práctica de confesonario, apoyada en graves razones teológicas, que al que se halla en ocasion próxima de pecado, no se le puede absolver, mientras no la haya removido. Por último, el corazón verdaderamente contrito y humillado que quiere con toda sinceridad buscar a Dios, hace una renuncia formal del mundo y sus vanidades, y huye del fragoroso ruido de las humanas pasiones, para encontrar el bien infinito en la calma de la conciencia, en la inefable soledad del corazón. Ahora bien, preguntamos al *penitente* García Moreno y a los que lo confiesan ¿cómo se acerca al confesonario el irreconciliable enemigo de la humanidad, que tiene una alma henchida de venganza,—el que arde en una insaciable sed de sangre,—el que se complace en escuchar los ayes arrancados a sus víctimas al bárbaro compas de los azotes? ¿Cómo se le prodiga la absolucion al que por disputar el mando y sostenerse en él, se halla voluntariamente en actual-ocasion de cometer innumerables delitos? ¿Cómo podrá haber en su espíritu, poseido de todas las furias, contricion, ni propósito de la enmienda, condiciones esenciales para la penitencia? ¿Cómo se le da el pan celestial a un perro hidrofóbico, a una fiera que se dispone hacer correr ondas de sangre a sus plantas, y solazar sus oidos con los jemicos y desesperacion de prisioneros inválidos que hace pasar por

las armas,—al monstruo feroz que contempla gozoso la muerte de los que fusila y la angustia de sus familias? ¿Cómo se armoniza la virtud desinteresada, humilde y pura con las inmundas pretensiones de la ambicion, del orgullo y la codicia, alimentadas por una borrascosa posicion política? ¿Cómo, en fin, se concilia el reino espiritual con el de la materia, el de la eternidad con el del tiempo, el de Dios con el de Satanás? Cuestiones son estas, mucho mas sérias de lo que pueden pensar García Moreno y sus secuaces, si acaso su tan pregonada *adhesion religiosa* tiene algun fundamento. Son de imposible solucion para los que especulan con la hipocresía; y por cavilosas y sofisticas que fueran las respuestas con que quisieran conciliar cosas incompatibles, una severa e inflexible lójica, apoyada en las creencias cristianas, sacará las siguientes conclusiones: 1ª Que la *devocion* de García Moreno consiste en haber puesto al servicio de sus miras los santos sacramentos y sus malos ministros: 2ª Que éstos son cómplices de horribles delitos: 3ª Que con tan criminal arbitrio se ha procurado engañar al público, para esplotar su fanatismo en provecho de intereses personales; y 4ª Que ni García Moreno ni sus confesores tienen creencias religiosas, son meros traficantes de las prácticas cristianas, ajotadores de las cosas santas, sin sentimientos de humanidad, sin conciencia, sin Dios ni religion.

Despues que el FAMOSO DEVOTO terminó su infausto período, sostenido por el cadalso y el confesonario, hizo recaer la presidencia en un hombre nulo como Carrion, porque conoce que esta clase de biombos le conviene para mandar siempre el pais, y consolidar en él su sistema. Pero en el momento que no satisfizo aquel uno de los caprichos de su señor, lo separó del poder, amenazándolo con una revolucion, caso que se resistiera; y al efecto le

hizo firmar la renuncia que, con fecha 6 de noviembre de 1867, elevó Carrion, dimitiendo el mando ante el Consejo de gobierno ~~que~~ *deseario*, dice, *quitar todo obstáculo para la conservacion del orden público* ~~que~~ la renuncia ignominiosa que no la habria firmado ni el mas infeliz labriego.

Para llenar el tiempo que le faltaba a Carrion, hace García Moreno que le suceda el mui sencillo Espinosa, porque, con el apoyo de éste, pretendia ser nuevamente elegido en el próximo periodo constitucional, y puso en accion todos los artificios e intrigas que le son peculiares, en atencion a que entre sus esclavos no dejaba de haber algunos en quienes no se habian estinguido completamente los sentimientos de libertad, y que se preparaban a protestar contra la nueva inauguracion de su antiguo tirano.

Efectivamente, despues que el Ecuador habia sido presa de un absolutista, en quien no se encuentra ningun principio de prosperidad social, sino las funestas aberraciones y los intereses de partido, disfrazados con páfida hipocresía,—despues que esa infeliz nacion habia recorrido todas las esferas del mal, bajo la influencia de una política delirante, embriagada con los vapores del egoismo, del orgullo y de la insolencia, apareció un rayo de esperanza, que se reflejaba en la patriótica juventud de Guayaquil, en esa ilustre falanje del porvenir nacional, que, sin estar dominada de ningun motivo espúreo, ni espíritu de bandería, sino de la sana intencion de salvar el pais por medio de los buenos principios, se proponia realizar una transformacion que no fuese el resultado de una lucha sangrienta, sino del espléndido triunfo de la razon. Al efecto se estableció la sociedad liberal del Guayas, presidida por el esclarecido ciudadano Pedro Carbo, llamado tambien a presidir los destinos

del país. Las brillantes ideas de este ilustre ecuatoriano, lo hacían digno de tan alta misión. Ciertamente, en sus profundas y luminosas convicciones no tenía lugar ninguno de esos extremos que intentan preponderar en la marcha de las naciones, y que en vez de afianzar su felicidad, solo producen su descrédito y su ruina. La religión y la libertad han tenido siempre sus prosélitos exclusivos, que han formado los dos grandes polos de la opinión.

Es una verdad inconcusa que el hombre es esencialmente religioso y libre,—son dos cosas que se encuentran en un mismo ser, y por lo mismo, en la armonía de las dos está el orden; y toda discordia, toda pretensión exclusiva entre ellas, es la imagen del caos, porque tiende a desquiciar una ley fundamental de la humanidad.

Pero hai algunos indiferentistas que, bajo la denominación de *tolerantes*, tienen el mui peregrino pensamiento de que el país estará bien gobernado, aprisionando su religión en nombre de la libertad, sin recordar las gloriosas conquistas que ha hecho el cristianismo en el campo de la civilización, y sin comprender que en su espíritu se encuentra la filosófica sanción del libre albedrío, y el mas sólido fundamento de la igualdad y del derecho, que son las incontrastables bases de la organización social y de los progresos del género humano. Hai otros que tienen la insensatez de querer dominar un pueblo, encadenando su libertad en nombre de la religión, y piensan que para establecer en él la moral y el progreso, basta la esterilidad de ciertas prácticas religiosas, aunque el corazón se encuentre en una deplorable corrupción, el entendimiento en una supina ignorancia, y los brazos en completa paralización. Los primeros pretenden fundir el principio religioso en la política; y los segundos absorber el elemento político en las for-

mas religiosas. Los unos pretenden comunicar a la sociedad un movimiento escéntrico, como el de los cometas; y los otros intentan reducirla a un absoluto quietismo. Aquellos desean reinar en medio de agitadas conmociones, en la lucha de opiniones encontradas, en el desenfreno de las pasiones; y éstos en los solitarios antros de la muerte. Los primeros se diferencian de los segundos en los medios; pero se identifican en el fin, porque todos pretenden dominar el país, ya lanzándolo en el libertinaje, ya envolviéndolo en el fanatismo; y todos también tratan establecer un imaginario antagonismo entre la religión y la libertad. Quizá la fortuna nos sea propicia, para demostrar en otra ocasión la profunda armonía, la íntima alianza que existe entre estos dos grandes protagonistas de la historia, entre estos fecundos principios que determinan el destino de las sociedades humanas.

García Moreno se propone conciliar los dos extremos, no en lo que tienen de sintetizable, sino precisamente en lo más repugnante y absurdo. Su sistema es el de estrechar con afectuosa lazada el libertinaje con el fanatismo. En una parte de la sociedad, compuesta de los *timoratos* o mojigatos, fomenta esa especie de estoicismo religioso, que sanciona con el ejemplo de sus confesiones y comuniones, a fin de ganar partido entre esas jentes sencillas, que, sin discernimiento ninguno, se adhieren ciegamente al que aprueba sus ideas supersticiosas con todas las necesidades y miserias de un exajerado ascetismo. Y en la otra, que se compone de los que evaporan la vida entre el alcohol de los licores, la voluptuosidad y una cínica disipación de costumbres, protege el epicureísmo, que también consagra con su ejemplo, como lo prueban diversos episodios. Le convenia ganar popularidad en el círculo de la jente corrompida, pronta a sos-

tener al que le garantizara la impunidad de sus maldades, y que, velando el lecho de enormes infamias, le dejara cometer a mansalva todo jénero de crímenes, para reirse de las autoridades y de la lei. Y véase esplicada la triple alianza que Garcia Moreno ha establecido entre el *Syllabus*, el *Concordato* y el *Cadalso*, que son las tres piedras angulares del formidable pedestal de su dominacion. Y véase tambien la causa por qué en el Ecuador han llegado a amalgamarse una espantosa corrupcion y un estúpido fanatismo.

En tan desesperante desolacion, conoce Carbo la necesidad de fundir la sociedad ecuatoriana en un nuevo molde, y con sus brillantes escritos procura escitar el remordimiento en la conciencia de un pais sumido en la estupidez y en el crimen, a fin de que ese aguijon del alma lo despertara de su letargo, para decidirse a abrazar una nueva idea de rejeneracion y de esperanza. Cual apóstol de la felicidad del pueblo, le predica la sana doctrina, demostrándole que si Garcia Moreno lo ha precipitado en la degradacion, difundiendo el hálito pestilencial de la corrupcion y de la ignorancia era indispensable combatir a estos dos aliados enemigos del perfeccionamiento y prosperidad social, y fundar un sistema luminosamente moral con el espíritu civilizador del cristianismo y el sublime principio de la libertad; alejando del primero el fanatismo con que tratan degradarlo, y del segundo el libertinaje con que pretenden su descrédito. En una palabra, las ideas de Carbo revelan el grandioso pensamiento de restablecer la íntima alianza que existe entre los dos, y proclamar el reinado de la libertad humana a la sombra de la religion divina, devolviéndole a esta su primitiva pureza, y sin hacer de ella un objeto de explotacion, sino profesándola en espíritu y verdad.

Un plan tan civilizador era una sentencia de muerte, pronunciada contra el predominio del oscurantismo, encarnado en García Moreno y su círculo; y para desacreditar el partido liberal, acaudillado por Carbo, lo calificaron de *irreligioso*, siendo así que los lejitimos liberales procuran establecer en la magnífica síntesis de orden y libertad los sublimes fundamentos del cristianismo, considerando al hombre en la profunda intimidad de su ser, en el desarrollo armónico de sus facultades, y en el conjunto de sus relaciones sociales, derivadas de la misma naturaleza, y consagradas por los elevados principios de caridad y de justicia.

Al contrario, los *conservadores* de la tiranía son irreligiosos en el fondo e hipócritas en la forma, porque el sacrosanto nombre de la religion no está escrito en sus corazones impíos, y solamente lo articulan sus inmundos labios, para convertirlo en instrumento de granjería y de opresion. Tratan petrificar la fecundidad del cristianismo en formas estériles, y lo ponen en pugna con las elevadas tendencias del pensamiento y con los inefables designios del Creador. Por último, quieren que la religion destruya la igualdad humana, favoreciendo el privilegio: que condene la libertad en provecho del despotismo; y que la justicia estrechamente ligada al amor, por medio de Jesucristo, que es el símbolo de caridad, desaparezca ante la arbitrariedad, el terror y la venganza. Aberraciones insensatas que no establecerán jamas su permanente imperio en el mundo; y aunque se trabaje en fomentar el oscurantismo en nombre de la religion, y en sostener una pretendida oposicion entre ella y la esencia de la criatura racional y libre, el sopro divino hará que su obra predilecta marche por la senda del perfeccionamiento; y el espíritu religioso eminentemente civilizador, justificará sus triunfos a la faz

de las jeneraciones, y, uniéndose íntimamente a los elementos de la vida individual y social, lejitimará su sancion en los destinos de la humanidad.

En este sentido se insinuaban los periódicos liberales, reflejando mucho entusiasmo por el triunfo de la buena causa; y parecia que la juventud iba a operar el gran milagro de despertar a la sociedad de su vergonzoso letargo, y familiarizarla con tan luminosas ideas. Sí: parecia que los pueblos se disponian a hundir en el polvo a su tirano, y los medios inícuos con que apoyara su oprobiosa dominacion. Empero, así como el que se levanta en un estado de temulencia, no hace mas que bambolear para caer de nuevo, aumentando a su deplorable estado los efectos de la caida; así tambien los pueblos del Ecuador ensayaron levantarse de su postracion; pero exinanidos por una parte, y por otra sin poder abrir sus adormecidos ojos a la intensa luz de la verdad, volvieron a caer bruscamente, empeorando su situacion, por haber reportado sangrientas consecuencias, y escitado la vijilancia del amo para que les redoble sus cadenas. Ni podia suceder de otro modo, porque todo se podrá eludir, ménos las emerjencias producidas por la inquebrantable lei de la lójica en la sucesion de los acontecimientos.

Habian ingresado a la sociedad liberal hombres de diferentes colores políticos, buscando cada uno en ella el triunfo de su bandera; y bien pronto la bastardearon, y la hicieron variar de programa. Esto dió lugar a que la exaltacion febril de los ánimos en favor de los principios de Carbo, pasara de un modo tan fugaz, como toda exaltacion que no emana de profundas convicciones, adquiridas por la ilustracion y la probidad. Abandonaron las buenas ideas, que son la única tabla de salvacion de los pueblos, porque no podian aclimatarse bajo una

atmósfera viciada con bastardías, y manifestaron la necesidad de un hombre que acariciara la esperanza de todos los partidos, y lisonjeara todas las aspiraciones, todos los vicios, todas las preocupaciones, y por decirlo de una vez, todos los absurdos. Este hombre no era Carbo, a quien lo rechazaba la situación, porque tan in-elito ciudadano solo podía figurar en la alta esfera de un pueblo que goce de civilización y de vida; pero era estemporánea su aparición en el horizonte de un país adormecido con el militarismo, que no despertaría para escuchar las tranquilas y luminosas discusiones de la razón, sino para entregarse de nuevo a una orjía de armas y de sangre. Por consiguiente, el esclarecido prócer de la restauración social, muy pronto se vió sin popularidad, y del seno mismo de la sociedad liberal nació un partido espúreo, que en su advenimiento fué bautizado, como por antífrasis, con el nombre de «Conciliador,» para ocupar una posición anómala entre los absolutistas y los verdaderos liberales, puesto que se proponía *conciliar* las contradicciones de partidos divergentes que recíprocamente se excluyen,—conciliación absurda, que no podía ménos que producir los muy amargos, pero bien merecidos frutos de la insensatez.

Esa triste defección dió el triunfo al enemigo, tanto por haberse debilitado el partido liberal, cuanto porque el caudillo que eligieron los *conciliadores*, despertó las sospechas de García Moreno, y puso en acción inmediata los medios peculiares a su arbitrariedad y a su audacia, como él mismo lo manifiesta a su adepto Rafael Borja, con fecha 16 de diciembre de 1868: ~~ES~~ «*La candidatura del señor Francisco J. Aguirre, pariente, aliado y favorecedor de Urbina, apoyada en masa por el partido de este popularmente aborrecido caudillo, anuncia claramente que el señor Aguirre, si fuera elegido, sería el precursor necesario de un*

traidor para quien en esta república no puede haber mas lugar que el cadalso. ASI, LOS QUE HAN PRESENTADO COMO CANDIDATO AL SEÑOR AGUIRRE, ME OBLIGAN A ACEPTAR LA HONRA QUE LA SOCIEDAD CONSERVADORA DEL AZUAL, Y TODOS LOS CONSERVADORES DE LAS DEMAS PROVINCIAS SE HAN DIGNADO OFRECERME; pues mi negativa solo serviria para poner en peligro los mas caros intereses del pueblo. 

El nombre de Urbina ha sido siempre terrible para García Moreno; y cada vez que suena en sus oídos, se aviva en su corazón el encarnizamiento de un odio furibundo. Pero, lójicamente hablando, si para el traidor Urbina, en caso de serlo, no hai mas lugar que el cadalso, para el TRES VECES TRAIIDOR, TRES VECES INFAME, García Moreno, debe esperarle tres cadalsos. Y preciso es confesar con toda imparcialidad, que *los caros intereses del pueblo* no pueden nunca estar vinculados en un tirano que lo ha cubierto de oprobio y de baldon, sino mas bien en ese *popularmente*, o mejor dicho, *morenísticamente aborrecido caudillo*, que trabajó con filantrópico entusiasmo para impedir el tráfico infame con la humanidad, declarando la manumisión del esclavo, y la abolición del tributo que pagaba el indijena; que son dos valiosas preséas que brillarán para siempre en la inmortal corona de las virtudes cívicas del jeneral Urbina. Por último, *los caros intereses del pueblo* lo llaman para que lo levante de su postración; porque en una actualidad tan borrascosa; en una actualidad que no es mas que un tejido de crímenes, de ambición y de egoísmo, sostenidos con el fanatismo, el libertinaje y la fuerza; en una actualidad que no solamente compromete los intereses del Ecuador, sino los de la civilización americana, Urbina es el único que puede romper las cadenas del absolutismo,

y restablecer el país al estado normal de las instituciones republicanas.

El implacable antagonista del general Urbina conoce que la reaparición de éste en el Ecuador, no solo frustraría el plan de volver a mandar el país con una espada ensangrentada, sino que su formidable rival le obligaría cumplir su misma sentencia, ocupando el cadalso destinado a los traidores. Envuelta su alma en un negro abismo; dominado de un frenético delirio, y acosado de todas las furias, estalla su corazón emponzoñado los rayos de la cólera, del furor, de la venganza. Y para hacer que alcancen a sus contrarios, y los encienda y consume a todos, finje la existencia de una conspiración contra el gobierno, y exige del Presidente Espinosa que le confiera el nombramiento de jefe civil y militar, con las competentes facultades para levantar patíbulos y sufocar el movimiento que se agitaba en los pueblos. Pero el Presidente conoció, a pesar de su sencillez, que no debía firmar una sentencia de esterminio, otorgando amplias facultades a una pantera sangrienta; y puso a raya sus pretensiones, haciéndole ver que aquel movimiento popular no era una conspiración, sino el resultado natural del entusiasmo de los que se proponían trabajar legalmente en el campo eleccionario, el mismo que no se podía impedir sin cometer un atentado contra la libertad del sufragio.

Frustradas sus miras, se separa de Espinosa, ruiendo como un león, y medita un plan que infaliblemente debía ser coronado con el éxito. Su primera inauguración al poder había sido obra de la fuerza; contaba con ella para todo evento, y alhagaba siempre la perversidad militar. Los cuatro soldados raquíticos del Ecuador no estaban contentos con un Presidente como Espinosa, que no daba ensanche a su depravación. Aprovechase

García Moreno de esta circunstancia: se acerca al cuartel: promete cuanto podía lisonjear a esa jente prostituida que se alimenta de trastornos: se hace nombrar por ella Presidente de la República; y en ménos de una hora opera en Quito la revolucion. En seguida hace tomar a todos los que no le eran adictos; los destierra a distintos paises lejanos, ya que no los hacia fusilar; organiza una nueva administracion con sus sicarios; y acto contínuo se dirige a Guayaquil, haciéndose proclamar en el tránsito por los soldados que habia en aquellas poblaciones, y practicando en ellas las mismas operaciones que en la capital. Anda como un elefante, y llega de noche a la heróica ciudad del Guayas, cuna y asilo de la libertad. Procura verse clandestinamente con el jeneral Darquea, su íntimo amigo, y jefe de un puñado de hombres que allí existieran: le ofrece la futura presidencia de la república; y consigue que aquellos individuos de cuartel lo proclamen tambien, como los de la sierra. Y véase consumada una revolucion efectiva contra el gobierno, por el mismo que le pedia facultades para sufocar una conspiracion imaginaria.

Al dia siguiente el rayo de la ira serpentea sobre la desgraciada Guayaquil, estremecida de espanto; y el furor estalla como un trueno, dejando a todos sus habitantes sumidos en pavorosa noche. La persecucion penetra en toda la ciudad, y saliendo de ella, visita con implacable venganza las pequeñas poblaciones y las aldeas, derramando por todas partes el terror, llenando el aire con los suspiros de las víctimas, y empapando la tierra con sus lágrimas. ¡Dias terribles, que el oleaje de los siglos no borrarán jamas de la memoria humana, en la que permanecerán indeleblemente grabados con letras funerarias, cual epitafio inscrito sobre indestructible lápida!

Espide luego el gran autócrata un decreto de sobreseimiento, favoreciendo la impunidad de todos sus partidarios que tuvieran causas criminales en los tribunales de justicia. Mas, para cubrir tantas infamias y justificar, en nombre del pueblo, la usurpacion del poder supremo, iniciada y consumada en los cuarteles, manda que se formen actas en toda la república, proclamándolo presidente, y que se espresen en ellas haber sido necesario derrocar el gobierno de Espinosa *para salvar la patria*, conminando con los estragos de su cólera al pueblo que rehusara prestarse a tan insigne maldad. Ninguno dejó de obedecer sumisamente, pues la amenaza, como todo lo demas, se apoyaba en la fuerza, y cada cual procuró distinguirse en elojios, para librarse de la saña del TIGRE FERROZ, y los viles aduladores de éste, los criminales en cuyo favor recayó el decreto de sobreseimiento, llevaron el encomio hasta el ridículo; y no faltó una acta redactada por el esclaustrado fraile Valle, quien no solo consagra tan escandalosa usurpacion, sino que lo proclama dictador al *mui esclarecido* García Moreno. Las serviles frases de aquel menguado, pueden parafrasearse del modo siguiente: « Vos sois, ¡oh mirífico, Señor! » quiere decirle, el númen del Ecuador. En tu frente se » refleja la luz de una suprema intelijencia. Tu podero- » sa mano está llamada, no solo a gobernar un pobre » rebaño, sino las riendas del tiempo y del destino. Tu » nombre no solamente llenará de terror a vuestros es- » clavos, puesto que estremece al infierno mismo. Tu » fuerza creadora difunde la vida en todos nosotros; y » tu privilegiada organizacion te asegura la inmortalidad, para que el pais tenga por los siglos de los siglos » la dicha de obedeceros. Tu voluntad es tan sábia y » tan justa, que es un delirio pretender reemplazarla con » la *insuficiente* lei que emana del pueblo por medio de

» sus representantes. Por consiguiente tuyo es el man-
» do y nuestra la obediencia: sed, pues, nuestro dictador,
» y seremos felices. Gobernadnos, eminentísimo señor,
» de un modo autocrático, porque solo donde está tu
» palabra, está el jérmén de nuestra felicidad. El Ecua-
» dor ni quiere ni puede vivir sin tí; y si algun dia le
» faltaras, se envolveria sin remedio en el negro cendal
» de su desgracia.»

Una vez obtenidas las actas se dió el nombre de *presidente interino por la voluntad de los pueblos* y espide un decreto de convocatoria para una convencion. Farsa ridícula e innecesaria, porque si todos saben y están persuadidos que el capricho del soberano absoluto es la lei ¿para qué convencion? ¿a que conduce esa insulsa convocatoria, puesto que no han de ser diputados sino los que él designe? ¿Ni qué necesidad hai de esos mismos farsantes, cuando no han de hacer otra cosa que lo que se les mande? Efectivamente forma una lista de los mas abyectos partidarios suyos, escojiéndolos, para ser consecuente con su sistema, entre los mojígatos y los disolutos, y la distribuye en todas las provincias, previniendo a las autoridades, es decir a sus sicarios, que esos eran los diputados elejidos por su voluntad.

Entre esa gavilla de zánganos figura un relijioso de Santo Domingo, que apostató de su convento, cambiando obrepticamente la capilla con la sotana, y cuya conducta criminal lo lanzó fuera del pais. Con el nombre de *doctor* aunque sin mas grado que el obtenido en la universidad del crimen, ingresó a Lima, y puso una escuela de niños, a quienes educaba con el ejemplo de sus impúdicas costumbres. Despues que engañó a los padres de familia con frailesca astucia, conocieron al fin la ninguna idoneidad del que no habia recibido otra educacion que la del claustro. Habiéndose dejado conocer en

su abominable realidad, y sabiendo que una seccion de los *morenistas*, se componia de hombres de su misma especie, no le quedó mas recurso que volverse al Ecuador a lamer las plantas de su dueño, sin dejar de llevarse *una de muchas*, como un comprobante de la conducta que habia observado en el Perú. Nada se le dijo en su pais, donde hace gala de su vida escandalosa, porque es partidario de García Moreno, que patrocina esa clase de hombres, haciéndose cómplice de sus maldades, exaltando la inmoralidad y el cinismo hasta las cámaras lejislativas, y al mismo tiempo dando decretos llenos de hipocresía contra el concubinato. La pluma se avergüenza de estampar el nombre de ese religioso depravado; pero hai casos como el presente, que una imperiosa necesidad lójica obliga consignar lo mas inmundo, porque es preciso exhibir la nulidad del absolutista que reina en el Ecuador, poniendo en claro sus procedimientos, y probando que para que García Moreno afirme su dominacion, ha sido preciso que lejislen hombres como el bigardo fraile T. H. Novoa.

La funesta perspectiva de una convencion fecunda en desastres, reanimó el entusiasmo de la juventud guayaquileña, despues de haber sido proscritos y cruelmente perseguidos sus caudillos, que por lo mismo no tuvo quien la encamine a la victoria, en el nuevo esfuerzo que debió ser decisivo. Dominada por la indignacion y el despecho, resolvió entregarse al primero que se proponga aplastar la serpiente de treinta cabezas, que se disponia infiltrar todo su veneno en el organismo de la sociedad. El llamado a explotar la situacion, fué Veintemilla, jeneral que vivia privadamente en los bosques de Yahuachi, separado de García Moreno, ménos por la conviccion de su perversidad, que por motivos personales. Su programa fué restablecer el gobierno de Espi-

nosa, y preparar de ese modo la opinion en su favor, para cuando se elijiera el nuevo Presidente constitucional. Veintemilla tenia bastante valor, mucha ambicion y una bella índole; pero con mui pocos conocimientos, e incapaz de hablarle al pueblo con la sencilla elocuencia que solo el patriotismo pone en lábios de un caudillo, cuando en su corazon se dilatan los nobles sentimientos de abnegacion, de justicia y libertad. Sin embargo, fué elejido por la juventud, como el único medio de salvacion, y el pueblo lo aceptó con señaladas muestras de entusiasmo, porque en su desesperacion habian resuelto ponerse a merced de cualquiera,—resolucion propia de una sociedad oprimida, que, falta de serenidad y prevision; sin conciencia de lo que hace, ni de la idoneidad de aquel en cuyas manos pone su destino; suspensa entre el abismo de una dolorosa actualidad y el de un incierto porvenir; sin una idea luminosa y salvadora, y sin seguridad en la buena fé de los comprometidos, se arrojó en medio de una sangrienta borrasca, que no condujo sino a empeorar de condicion, porque se hizo un inútil sacrificio de la tranquilidad, de la fortuna y de la vida, y se dió lugar a que se afiance el ignominioso yugo de la tiranía.

Para efectuar el triunfo de la buena causa contra la usurpacion de un revolucionario, se creyó bastante la artillería, con la que se pensó rendir la fuerza del batallon número 1º. Convenia asegurar a Darquea, jefe de aquellos cuarteles; y su mismo edecan de campo se prestó acompañar, con otros varios, a Veintemilla, para tomar al sostenedor de García Moreno. Lo encuentran en su casa como delirante, y le intiman que se dé preso. Difundese la consternacion entre la familia; y una hija de Darquea le suplica a Veintemilla, con lágrimas en los ojos y humilde proster-



nacion, que no mate a su padre; plegaria que fué atendida por el capturador, quien le ofreció a la niña, con jenerosa hidalguía, guardar la vida del autor de sus dias. Miéntras tanto ya habia estallado la revolucion en la artillería, a donde condujo Veintemilla su preso. Amotínase la jente a pedir la sangre de Darquea, para celebrar con ella el festin de la victoria; pero Veintemilla, consecuente con sus sentimientos y su palabra, procura calmar la efervescencia de los ánimos, puesto que no habria derecho para execrar la conducta sanguinaria de García Moreno y su círculo, si la revolucion restauradora de los principios civilizadores, hubiera contrariado sus fines humanitarios, inaugurándose con asesinatos. Por consiguiente, el jefe de la revolucion pensaba que el triunfo de ésta y la incolumidad de la vida del preso, se habrian obtenido asegurándolo en uno de los locales de la artillería, con centinelas armados. En este estado llega el preindicado batallon con el objeto de rescatar a sangre y fuego la persona de Darquea, y en defensa de un gobierno que acababa de nacer en la cloaca de los cuarteles. Trábase el combate con el pueblo, protegido por la artillería; y las balas que cruzaban por todas partes, entraban tambien por una ventana donde estaba el preso. Este procura alhagar al jefe de los que lo custodiaban, ofreciéndole asensos y dinero con tal que matase a Veintemilla. Arreglado el plan lo hace llamar, y le dice que a pesar de la promesa hecha a su hija, se le hacian tiros mortales por la ventana. Entónces Veintemilla, consecuente hasta en el mayor conflicto, se acerca a cerrar la fatal ventana, y en ese momento se le dá por atras un tiro, que lo convirtió en yerto cadáver al valiente y jeneroso caudillo de la revolucion. Sale Darquea vivando a García Moreno; anuncia la muerte de Veintemilla, y provoca en el cuar-

tel una reaccion que puso en completa derrota a todos los liberales.

¡Desdichado Veintemilla! Sus buenos sentimientos y su insensatez lo perdieron; y la causa de la civilizacion representada por la juventud, sucumbió a causa de la jenerosidad e imprudencia de su caudillo. ¿Ignoraba por ventura que la prision de Darquea en el mismo cuartel, y custodiado por la misma jente que tantos años habia estado bajo su mando, era nada ménos que ponerlo preso en su propia casa, custodiado por los suyos? ¿No comprendió que su persona corria un inminente peligro, porque miéntras pensaba en salvar la vida de Darquea, este podia pensar en quitársela? Arrastran, en fin, su cadáver a la calle, donde lo dejaron tirado como el de un perro en pueblos donde no hai policia; hasta que uno que pasó bien tarde, se movió a compasion y lo recojió para darle sepultura. Finalmente, García Moreno, para sojuzgar como siempre el espíritu religioso de las jentes, y hacerles creer que sus contrarios están fuera de la Iglesia, sin ser acreedores ni a las plegarias de ésta, ni al perdon de Dios, decreta que en todas las catedrales y parroquias se celebre exequias por el alma de los que murieron en defensa suya, ménos por Veintemilla, ni por los demas, pues como exímio cristiano no los perdona nunca, y su venganza los sigue hasta la eternidad.

Los que se lanzaron a la vertijinosa arena de la revolucion, por salvar la patria, con un valor y un denuedo dignos de la juventud entusiasta, esos sinceros patriotas despues de haber contemplado con amargura la esterilidad de sus esfuerzos, dejaron el pais, huyendo de la fiera que podia venir de Quito a devorarlos; asi como las palomas, amenazadas por el gavilan, emigran por bandadas, dejando la querida mansion de los bosques. Pero

los que desgraciadamente cayeron en las garras del enemigo, fueron considerados como reos de sedicion, por haber pretendido restablecer el gobierno constitucional, luchando contra un revolucionario que acababa de usurpar el poder por medio de la mas escandalosa rebelion. Esos infelices han sido condenados sin piedad, unos al último suplicio, y otros a la ignominiosa pena de trabajar en obras públicas, por una larga serie de años, aherrrojados con cadenas.

Aun de aquellos que no habian sabido ni remotamente la existencia del plan revolucionario, pero que tenian simpatias por la causa de la libertad, emigraron muchísimos; porque no pudiendo doblegarse al inícuo sistema inaugurado, ni a las bastardas miras de aspiracion y pandillaje, prefirieron el heróico sacrificio de arrancarse del amado suelo natal, ántes que dejarse arrebatado del torrente que lo vá inundando en calamidades y desgracias. Etranjeros en la patria de la humillacion y del servilismo, no quisieron dejarse arrollar por esa turba infame de absolutistas, porque las almas honradas no se prosternan ante un tirano y sus secuaces. ¿Cómo podian mirar a sangre fria nacer, crecer y desarrollarse espantosamente la crueldad, el oscurantismo y la mas terrible opresion a la sombra de viles aspirantes, lóbregos como las tinieblas, raquíticos como la miseria, corrompidos como la misma depravacion, que no tienen mas política que arrastrarse hasta el polvo, y besar la mano que los azota, pidiendo de rodillas el monopolio de la imprenta para ensalzar el afrentoso yugo de una bárbara dictadura, o implorando una mitra o una legacion con el fin de ser tanto en el interior como en el exterior protectores del despotismo, y defensores maniáticos de la hipocresia?

Para no ser molestado en el Ecuador se necesita o la glacial indiferencia del malvado ó el despreciable atur-

dimiento del fanático. Pero el que sea capaz de sentimientos liberales, el que rinda culto a lo que es esencialmente justo y santo, en una palabra, el que abrigue en su corazón siquiera una chispa de amor a la patria, y de odio a los que la esplotan sacrílegamente, ese está perdido; porque donde dominan aspiraciones depravadas, allí sucumben las legítimas tendencias; y la virtud celestial, principio divino, que es el único que, acompañado de la inteligencia, puede rejenerar el mundo, cede el campo a la hipocresía, y suscita contra sí la desconfianza, los recelos y las hostilidades de los perversos, que astutamente alucinan a los pueblos con sacrilejos e infamias. ¡Sí! Ninguno que pueda emigrar de ese país desventurado, consiente permanecer allá en una época tan infausta que, en la cadena de las desgracias de una sociedad engangrenada, viene a ser como el anillo de ignominia, en que pasarán engarzados a la posteridad todos los que aspiraron impasibles sus mefíticas exhalaciones.

Llegó el día señalado por la convocatoria, en que la nación debía secundar la farsa de su opresor, eligiendo a los diputados que ya estaban elejidos por él. Pero hubo pueblos que no tuvieron más de un sufragante, ya porque la jente había huido despavorida, ya también porque sumidos en letal abatimiento, y subyugados por el despotismo, consideraron insignificantes sus votos. Y sin haber obtenido ni aparentemente el sufragio popular, se tiene la desfachatez de llamar *Convencion Nacional* una corporación espúrea y nula, obra exclusiva de García Moreno. Instala éste a SUS DIPUTADOS, y les dirige un mensaje, exigiéndoles la aprobación de sus actos y del proyecto de Constitución, elaborado por él y para él. Y aunque dice que no se le podrá acusar *de egoismo ni de designios ambiciosos*, puesto que en virtud de su *solemne juramento* no pue-

de aceptar el mando, este es un nuevo ardid que revela un designio egoista y ambicioso, mui mal disfrazado, por el que se habia propuesto hacer que precariamente mande uno de los suyos, para en seguida mandar él por toda su vida. Por otra parte, todo ese embuste de *solemne juramento* y demas ridiculeces, no es mas que una farándula manifiesta, desde que el mojigato Ordeñez, cuya mitra se la debe a García Moreno, prevaricó del ministerio de humanidad y de clemencia, proclamando la candidatura de un feroz sanguinario, y relajando a guisa de Obispo, el juramento que le impedía aceptar el mando. ¿Ni qué podia esperarse de un pseudo-apóstol del cristianismo, que por ser morenista deja de ser católico, estrechando por su parte la cadena de la esclavitud, y rechazando de su diócesis a todo sacerdote que no fuese como él un vil esclavo de García Moreno?

En el referido mensaje trata de justificar todas las tropelias y arbitrariedades, todas las vejaciones y violencias, consumadas, no solo en mengua y humillacion del Ecuador, sino en detrimento de la causa americana, de los principios universales de justicia, y de los sagrados fueros de la humanidad. Al intento se funda en que ~~se~~ «se tramaba en toda la república una formidable conjuración por hombres que la indignacion popular arrojó del poder en 1857 y 1860. Para evitar este desastre el mas temible de todos, fácil era al gobierno de entónces tomar medidas enérgicas que pusiesen a raya la audaz turbulencia de los conspiradores; pero en vez de esto se les dejaba en completa libertad de accion, y se veia serenamente venir la tempestad que iba a completar los espantosos estragos del terremoto. A pesar de esto y de los ruegos de sus amigos mas decididos, el gobierno anterior continuó impasible e inerte, poniendo al pais en la

» *necesidad de salvarse* por sus propios esfuerzos. Agota-
» dos todos los medios pacíficos y conciliadores, tuvimos
» que ponernos en acción; y apoyado *por el pueblo* y el
» ejército, *acepté provisoriamente el poder que hoy os*
» *entrego.*» 

Fijémonos en esta lamentación que el mas famoso domagogo hace ante una reunión de hombres prostituido y serviles, que, usurpándose títulos que no tienen, están prontos a confirmar todas las maldades del gran usurpador.

La *formidable conspiración* a que éste alude, era el movimiento con que se trataba despertar al pueblo del profundo sopor en que yacía, a fin de reivindicar a la faz del mundo sus derechos vilmente deprimidos por la mas salvaje y aleve dictadura,—era la jermiación de un principio saludable, que debia desarrollarse para que el pais saliera de su angustiosa situación, y castigara al monstruo que tanto lo ha oprimido, para quien ciertamente el triunfo de la justicia, encarnada en el partido liberal, no podia ménos que ser *un desastre el mas temible de todos*, porque lo condenaba sin remedio a la espiación de sus crímenes. Y si los hombres arrojados del poder en los años de 59 y 60, no *por la indignación popular*, sino por la ambición y la perfidia de García Moreno,—si esos hombres tomaron parte en aquel malogrado movimiento, esos hombres son los apóstoles de la libertad de un pueblo, a quien le predicaban y le predicarán siempre con la incontrastable fuerza del derecho. *Fácil era sin dada al gobierno de entonces tomar medidas enérgicas*, siendo la mayor de todas la de acceder a los ruegos de su AMIGO MAS DECIDIDO, otorgándole el nombramiento y las facultades que pedia para ahogar en lagos de sangre las tendencias liberales; pero ese gobierno respetó los derechos del pueblo, y lo dejó

en completa libertad de accion, viendo serenamente venir la tempestad que iba a caer sobre la cabeza del tirano, y destruirla con espantoso estrago, como un terremoto que destruye el edificio del despotismo. Esto lo puso en la necesidad de salvarse, es decir, de buscar la impunidad de sus delitos, por medio de nuevos atentados.

Pero lo que colma la medida del cinismo y de la insolencia, es el descarado aserto de haber sido apoyado *por el pueblo*, incurriendo en una flagrante contradiccion, puesto que si la *conjuracion en toda la república* era *formidable*, debió ser precisamente porque emanaba del pueblo; pero si éste apoyaba a García Moreno, juntamente con la fuerza armada, como él lo dice, desaparece desde luego hasta la idea de *conjuracion formidable*. Decir que toda la república estaba conjurada, y que el pueblo y el ejército no lo estaban, es afirmar que habia y no habia *conjuracion formidable*, ó que el pueblo no está en la república, ni la constituye. Mejor habria sido que el autor del mensaje, para no colocarse en tan ridícula posicion, hubiera dicho que, siendo *popularmente aborrecido*, ahora y siempre ha encadenado al pueblo con el apoyo del sable, de ese elemento de destruccion y de inmoralidad, al mismo que en el susodicho mensaje lo recomienda mui eficazmente a su Convencion, como *objeto de especial consideracion y gratitud*.

Tampoco podia decir, sin faltar a una verdad evidente para todos, y sin ponerse en pugna con la conciencia nacional, *acepté provisionalmente el poder que hoy os entrego*. Aceptacion provisional, entrega del poder, son cosas que no se concilian con el mui conocido plan de perpetuarse en el mando, ni mucho ménos con el poder omnímodo, cruel y bárbaro que ha llegado a ejercer en la república, pues al fin consiguió mas de lo que el anterior gobierno le negara. Efectivamente, esa convencion de

García Moreno, esa corporacion infame, que lleva el cáncer en sus entrañas y la maldicion en el nombre de los que la componen, aprobó y sancionó el proyecto de constitucion formulado por su señor; y ha presentado al mundo un monumento de oprobio y de ignominia, haciendo que ese desgraciado pais sea el objeto del vituperio universal. Y para subsanar la falta de origen popular, ha exigido por la fuerza que el pueblo apruebe su monstruosa obra.

La convencion-autómata ha hecho aun mas en favor del que le diera vida y movimiento; lo ha nombrado jeneral en jefe, para colocar el militarismo y la tiranía en todo su apojeio; ha declarado la república en estado de sitio, e investido al Ejecutivo de todas las facultades que estime necesarias para salvar a García Moreno aun del mas remoto peligro que pudiera haber contra su nefaria dominacion. El encargado provisionalmente del Poder Ejecutivo, cuñado de aquel y su ciego instrumento, le delega en el mismo dia todas las facultades concedidas por lo que llaman *convencion*, y le encarga el mando del ejército, para que, ayudado de la fuerza, mate, flajele, confisque, destierre y lleve el espíritu de venganza a los últimos límites de la desolacion, como ya lo ha verificado con nuevas deportaciones y con los fusilamientos que tuvieron lugar el 19 de julio en las personas de los infelices José María Cabrera y Pablo Nieto, y con otras innumerables estorsiones. De tal manera que el Ecuador ha vuelto a ser presa del ANTROPOFAGO DE JAMBELI, que dejó su nombre escrito con caracteres de horror, y que redujo el pais al mayor extremo de miseria, de ignorancia y corrupcion.

De miseria, porque la agricultura, el comércio y todos los ramos de industria han quedado desiertos, pues las sangrientas persecuciones difundieron el desaliento, y

el temor hizo que huyeran muchos a las selvas. Por otra parte, unos creen que es mejor hacerse partidarios de la fuerza, para obtener con ella un empleo, que el esponerse a perder por la fuerza el capital y el producto de una empresa cualquiera; otros optan por las armas, porque siendo cada militar un átomo de la fuerza personificada en García Moreno, les gusta serlo también de la omnipotencia y dominación; y los demás aparentan ocuparse de algo, pero en la realidad están sobrecojidos de un pánico terror y solo piensan en salvarse de los embates de la fuerza, y adular al militar para tenerlo siempre propicio, particularmente en los momentos de la cólera del terrorista. De ignorancia, porque no está en los intereses de ningún déspota ilustrar las masas; y porque estando subyugados por la fuerza y reducidos a la más dura opresión, es imposible que en sus desventuradas almas tenga lugar ninguna idea luminosa, ningún principio racional, ni mucho menos el desarrollo armónico de las facultades físicas y morales. De la corrupción, porque siendo secuaces de la tiranía sostenida por la fuerza desmoralizadora, ó de la fuerza que es la encarnación de todo poder tiránico y corruptor, se desmoralizan y corrompen necesariamente; y no teniendo ocupación honrosa a que dedicarse, por la decadencia de las ciencias y las artes, se entregan a la holganza, y cometen sin temor todo género de maldades. Por último, y en tésis que no necesita demostración: el país donde domina el terrorismo, no puede menos que ser miserable, ignorante y corrompido. Ciertamente, la nación donde se ha hecho profesar como un dogma de fé la soberanía del terror y de la fuerza, y que en su desolante escepticismo llama *paradoja de ilusos visionarios* los sublimes y altamente civilizadores principios de la razón, no es más que la imájen de un pueblo degrada-

do, que yace tranquilo en la estera de la esclavitud, cubierto con los harapos de la ignominia.

Y si razones tan concluyentes no bastarán para los obstinados partidarios de García Moreno, apelaremos al incontestable argumento de los hechos. Responda la degradacion a que ha llegado el Ecuador, sufriendo ignominiosas vapulaciones, bárbaros fusilamientos, atrocidades carnicerías: responda la espantosa e indefinible pobreza en que está ese país: respondan la escasez y la estéril rutina de los planteles de educacion primaria, el estado de nulidad de los poquísimos establecimientos de instruccion media, las doctrinas absurdas que sirven de testo en todo lo que se refiere al estudio del hombre y su destino: responda la estupidez de la mayoría, que aun para realizar la farsa eleccionaria en obsequio del amo, los esbirros de éste se encargan de que *los electores* aprendan a garrapatear su nombre, cuatro días ántes de las elecciones. En fin,—del encadenamiento de la libertad y de la razon,—del ensanche del despotismo y de la ignorancia; y del completo atraso en que está el país, responda la Constitucion que acaba de recibir sumisamente el Ecuador. Respondan por último los innumerables excesos con que el absolutismo ha engangrenado esa república. ¿Negarán que la mala fé, la mentira, el fraude, la intriga, la traicion, la perfidia y la inmoralidad en todas sus formas se han difundido espantosamente en esa inmundada cáfila, compuesta de todos aquellos que les conviene llamarse partidarios de García Moreno?—que pasan una vida licenciosa y holgazana?—qué se arrojan con oprobioso servilismo a los piés del tirano, para tenerlo propicio, encomiando sus errores y sus crímenes, y convirtiéndose en viles sicofantas e infames delatores?—que buscan, en fin, el colmo de su dicha en asquerosas orjías, donde

se entregan cínicamente a todo jénero de liviandades, y sacrifican la honra y el pudor entre los cuotidianos excesos de un báquico festin?

Contestarán los *conservadores* de la perversidad con los estrafalarios decretos de su señor, particularmente con el mui peregrino de 13 de mayo, por el que manda a la Corte Suprema que haga una nueva edicion del Código Penal, insertando dos artículos que él formula, relativos a *los delitos que destruyen la moral pública*; el primero ampliando los casos de sedicion, y el segundo sobre materias carnales. Replicaremos demostrando, que mui léjos de tener por objeto moralizar el pais, no es mas que un nuevo artificio de García Moreno para sostenerse, ensanchando la esfera de las hostilidades contra todo el que no le rinda profundo homenaje. Con efecto, por el primer artículo se declara reos de traicion a todos los que directa o indirectamente, o aunque no sea mas que con el pensamiento quisiesen derrocar su abominable despotismo. De tal manera que con el referido artículo no se ha hecho mas que remachar las cadenas de la tiranía, lo que es eminentemente inmoral, por que se encamina a violar la lei fundamental de la naturaleza psicológica del hombre, y contrariar los altos designios del Creador. Si no se pretende desnaturalizar la significacion de las palabras y el valor lójico de las ideas, será fáeil convencerse que los esfuerzos para reconquistar la libertad, sacudiendo el yugo de la servidumbre, son esencialmente morales, porque están en armonia con el pensamiento divino y el destino del jénero humano; y que la inmoralidad está de parte de los que contrarian esos magníficos fines, ora encadenando a sus semejantes, ora tambien recibiendo con criminal apatía la humillante y atentatoria coyunda de la opresion.

Así mismo el segundo artículo del decreto que analizamos, envuelve una latente inmoralidad, porque no es sino la infernal invencion para aumentar el número de *morenistas* con los que han delinquido carnalmente, si quieren vivir tranquilos a la sombra de la impunidad. Por eso es que se ha principiado a hostilizar con destierros, reclusiones en los hospitales, etc., a los concubinarios que se presume no estar contentos con la siniestra política de García Moreno; en vez de empezar moralizando a muchos de sus convencionales, y a tantos sicarios suyos que viven del modo mas escandaloso; y en lugar de moralizar primero aquello que motivó la vergonzosa guerra de Cuaspud.

A esta prueba que demuestra perentoriamente el péfido plan del mencionado decreto, como todas las cabalísticas invenciones de su autor, se añade la sencilla, pero mui significativa observacion de que el explotador de la relijion y de la moral, no ha comprendido entre los delitos contra ésta, el crimen de homicidio frustrado, sin duda porque sospechaba que los tribunales de Lima lo considerasen reo de ese delito, en la cuestion con Viteri. Ni tampoco ha enumerado las bárbaras flajelaciones, los crueles fusilamientos, los escandalosos sacrilejios, el rencor y la venganza implacable, porque en todos estos atentados contra la moral está señalado por el dedo de la historia. Finalmente, despues de mostrarse tan enemigo de los delitos nefandos, de la incestuosidad y del simple concubinato, no ha hecho mencion del adulterio, que desmoraliza y perjudica la sociedad en mayor escala que aquellos. Este es un misterio que no nos es dado penetrar.

A pesar de tan decantada moralidad se asegura jeneralmente que no ha vacilado García Moreno en ponerse de acuerdo con un Tábano, para despojar de sus casas y

haciendas a los religiosos hijos del país, lanzándolos a la mendicidad, y reemplazándolos con padres italianos; y que para colmo de sus planes *moralizadores*, ha secularizado el convento máximo de la Merced. Se dice también que esto debe ser *eminentemente moral*, porque es el convento más rico de Quito, y que era preciso disponer de sus caudales, y ceder aquel hermoso local en favor de los jesuitas, bajo cuya omnímoda influencia ha puesto el país, encargándoles la dirección de las conciencias en el confesonario, la de la juventud en los colejos, y últimamente, la de los asuntos eclesiásticos en los obispados.



CONCLUSION.

Vean los pueblos sud-americanos y todos los que cubren la faz de la tierra el luctuoso cuadro que presenta el Ecuador. La justicia, única lumbrera de la conciencia humana ha huido de ese desgraciado pais, con cuyo augusto nombre se sancionan los actos de crueldad y de venganza. La libertad que es la garantía del progreso, ha sido sacrificada en aras del despotismo; y las ideas de derecho se han sustituido con las de servidumbre, allí donde los vínculos del partido morenista consisten en el crimen, la seguridad individual en el revólver, y la garantía social en el valimiento con el mas fuerte. Esa desventurada nacion, atada vilmente al carro de su infausto destino, apénas puede hacer oír su lánguida voz, estinguida como los últimos jemidos de una víctima espirante. Arrastrada fatalmente por el ímpetu de aciagos acontecimientos; herida por el rayo del infortunio; sus poblaciones sumidas en la indijencia y en la horfandad; sus calles y sus plazas ocupadas por los apóstoles del despotismo; su tribuna parlamentaria convertida en instrumento pasivo de la tiranía; sus leyes un sarcasmo para el pueblo, y un baluarte para la arbitrariedad y la ambicion; su divina relijion profanada y puesta al servi-

cio de sacrilegos especuladores; las garantías sociales despedazadas; la soberanía popular burlada y escarnecida; la inteligencia rechazada y perseguida; la educación de la juventud reducida a una vergonzosa farsa, porque el desarrollo del pensamiento, en el campo de las doctrinas filosóficas es el mayor escollo de los despótas, para quienes toda idea racional es un principio subversivo—en fin, el jénio de las tinieblas trabajando con teson y con sistema, para reducir el país al mas degradante ilotismo, alejando de él toda idea de libertad, y acostumbándolo a marchar cabizbajo al cadalso, o al ignominioso suplicio de la vapulacion, con ese mismo silencio y humildad que la mansa oveja se deja llevar al matadero... ¡oh! el pueblo ecuatoriano se ha hundido en un caos de desventuras, y vé disiparse sus esperanzas como el humo de un holocausto en que se inmolan inútilmente muchas víctimas.

¿Dónde buscar un consuelo en tan espantosa desolacion? No habrá quien le quite la cadena a ese pueblo esclavo, que ayudó con su valor y su sangre a romper la del coloniaje español? ¿Permanecerá para siempre sumergido en tétrica inaccion, sin resolverse a variar tan ominosa suerte, haciendo valer su imprescriptible derecho por medio de una firme resolucion, de un empuje poderoso, y de un grito unísono, cuya imponente repercusion haga temblar y ponga en fuga al tirano que lo oprime? ¿No procurará recobrar su perdida dignidad, y emplear horóicos esfuerzos para borrar de su frente la mancha de la ignominia? Y las naciones unidas al Ecuador con vínculos fraternales y de interes solidario, ¿permitirán que esa república amiga y hermana permanezca por mas tiempo sobre la estera del dolor, apurando hasta las heces la copa del sufrimiento que le dá a beber el enemigo de la causa sud-americana, que desde

tiempo atrás viene desconcertando la armonía de los principios que fundan la independencia y prosperidad del nuevo mundo? Recuérdese que el bárbaro dominador de esa república, vá minando por su base las instituciones republicanas. Recuérdese que la infausta situación de aquel país es una amenaza, un aciago pronóstico a todas las secciones del continente. Recuérdese que los tiranos son la rémora del progreso, y el mayor obstáculo para que la América llegue al pináculo de la prosperidad a que está llamada. Recuérdese, por último, que la alianza, para rechazar toda tentativa de opresion, es un pacto solemne por el que se aseguran de un modo recíproco los derechos de las naciones, prestándose mutuamente todo jénero de proteccion y apoyo contra cualquier agresor de su libertad; mas no es un convenio para afianzar la usurpacion y el despotismo, como lo creyeron García Moreno y el coronel Prado, ex-Presidente del Perú, pidiendo el primero que los ecuatorianos residentes en la frontera de esa nacion sean confinados en la ciudad de Lima, y el segundo que el General Machuca, asilado en Guayaquil, lo fuese tambien en la de Quito. Y en estas últimas convulsiones en que García Moreno ha vuelto a empapar el suelo ecuatoriano con la sangre de sus hijos, ha pretendido nuevamente que el gobierno peruano se ponga al servicio de sus depravadas miras; pero el actual Presidente del Perú, coronel Balta, que comprende la alta importancia del derecho de asilo, y que la alianza tiene por objeto el bien de las naciones, y no el provecho de sus opresores, no se ha prestado a una colusion criminal, que solo podia tener lugar entre los susodichos tiranuelos.

Llamemos, pues, la atencion de las repúblicas vecinas, hácia un asunto de la mas trascendental importancia, para que se impida la pérvida tentativa del autócrata

del Ecuador, y no permitan que se empañen las brillantes páginas de la América, y la gloriosa diadema de Chacabuco y Maipú, de Pichincha y Carabobo, de Junin y de Ayacucho. Movamos los filantrópicos sentimientos de los campeones de la rejeracion humana, que han jurado odio eterno a la tiranía, a fin de que se apresuren a dar una leccion ejemplar al que con despótico orgullo ha conculcado los derechos del hombre, osando traspasar los infranjeables límites, donde la soberbia de los tiranos se estrella, como las encrespadas olas en inespugnable roca. En fin, volvamos la vista a la juventud de todos los pueblos, a ese ángel tutelar del porvenir, que, en medio de los mayores conflictos de la patria, aparece radiante con una aureola de entusiasmo. Cuando las sociedades que se someten a un gobierno estratocrático jimen su desventura en el lecho del dolor; cuando de su suelo se ha arrancado la preciosa planta de la civilizacion, y su cielo ennegrecido con el crimen, no presenta sino tinieblas, confusion y horror, entonces se levanta la juventud sobre tan medrosas ruinas, a señalar en ese tenebroso horizonte la bella imájen de la esperanza, que, llena de esplendor y brillantez, flota sobre la pavorosa noche de la opresion, así como el astro de luz rebervera sobre las densas sombras de una tempestad.

El quejido de las víctimas y los ayes arrancados por el despotismo, resuenan en todos los espacios, y sus dolientes ecos llegan hasta los últimos confines del mundo; porque ni el tremendo bramido de un volcan, ni las desoladoras convulsiones de la tierra, ni la lluvia de fuego que cayó sobre las poblaciones nefandas; en una palabra, ni el hondo abismo con todos sus horrores, puede ser tan terrible como el espantoso brevaie, confeccionado por el jénio del mal, para que los pueblos duerman el sueño letárgico de la esclavitud. Y si el héroe del cadalso ha

bebido la sangre de los unos, y a los demas los ha dispersado, como hojas secas de un árbol, desprendidas por el huracan,—si ha separado del pais a todo el que ha creído con valor, dignidad e intelijencia, y ha difundido la ignorancia, la miseria y el terror, para reinar sobre estúpidos y corrompidos esclavos, que tiemblan al oír su nombre—si con el libertinaje y el fanatismo ha elaborado una corona digna de él, para fundar su pretendida grandeza en el predominio de la inmoralidad y el vassallaje, cuya inmundada lepra ha cundido rápidamente en aquella infeliz sociedad; sepa, sin embargo, que do quiera que respira un hijo amante de la patria, allí está un defensor de su libertad, y que no podrá, con todo su torpe orgullo, borrar del código de los gloriosos destinos del jénero humano, la lei de su renovacion, representada en la juventud, que revive en todas las jeneraciones, al traves de las borrascas del crimen y de los embates de la tiranía. Al fin los jóvenes del Ecuador recobrarán su poderío, para llenar la parte que les toca en una mision providencial; y entónces brillará en ese suelo el sol de la justicia, a cuya esplendente luz se borrarán hasta las huellas del mónstruo que lo ha envilecido, enseñándole que no se quebrantan impunemente las eternas leyes de la justicia.

Los que han llegado a una edad lonjeva, recorriendo todas las fases de la desgracia, creen que la felicidad huye con los años, como una fujitiva ilusion. Pero la juventud que se dilata en los inmensos horizontes de la esperanza, y en cuyo corazon sin mancilla jerman los mas bellos sentimientos,—la juventud cuya intelijencia no se ha infectado con el soplo del escepticismo, ni se doblega, bajo el letal yugo sangriento de los usurpadores, ¡sí! la juventud no desconfía, ni retrocede, porque alimenta la firme conviccion de que el imperio de la

fuerza sobre el derecho, es como un eclipse que pasa,—que los déspotas desaparecen con todas sus infamias, transmitiendo de siglo en siglo un nombre cubierto de maldiciones,—que el hierro y el plomo son frágiles y perecederos, como las malas pasiones que los inventaran para oprimir y esterminar la humanidad; y que solo el magnífico atributo de la libertad, de ese principio conjénito a nuestro ser, es poderoso y eterno como su autor.

